SERVICIO SECRETO

EL CASO DE LA DOCTORA

FRANK McFAIR



SS SERVICIO SECRETO

eb

FRANK McFAIR

EL CASO DE LA DOCTORA

Colección **SERVICIO SECRETO nº 1.003**
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES
CARACAS – MÉXICO – RÍO DE JANEIRO

Depósito legal B 32.346-1969
Impreso en España Printed in Spain
1.ª edición: octubre, 1969

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

CAPÍTULO PRIMERO

Muriel Hyer miró el reloj. Eran ya las siete y media. Aprovechando que estaba sola, se desperezó. No es que estuviese cansada, ya que había tenido poco trabajo, pero sentía un voluptuoso placer en estirar todos los músculos del cuerpo tras de haber pasado casi cinco horas sentada ante su mesa.

Sólo dos pacientes habían pasado aquella tarde por su consulta. Una madre con su niño pequeño y una muchacha joven. Si aquello continuaba así, tendría que aceptar la oferta de Jim Alton. Y no quería hacerlo. Deseaba conservar su independencia en lo posible.

Sonó el timbre. Betty, la enfermera que trabajaba para ella por horas, fue a abrir. Un momento después abrió la puerta de separación entre ambas habitaciones.

—Pase —dijo—. Doctora, un paciente.

Un hombre entró. Muriel lo miró rápidamente. Ropas raídas, estatura mediana, y una cara pálida. Llevaba el sombrero entre las manos.

—Buenas tardes —dijo con voz cansada.

—Buenas tardes. ¿Quiere sentarse, por favor?

El hombre se sentó frente a la doctora. Su cara estaba contraída. Muriel lo miró más detenidamente.

—Dígame —comentó.

—Doctora… Oh, bien, yo creí que era usted un médico.

—Lo soy.

—No me refiero a eso. Creí que era usted un hombre.

Muriel ensayó una sonrisa. Pero se sentía ligeramente preocupada.

—¿Importa eso mucho? Tengo el título, míster…

—Oh, ya lo supongo que lo tendrá. Si no, no la dejarían ejercer, ¿verdad? Bueno, supongo que… ¡al diablo, doctora! Tengo algo así como gatos salvajes aquí.

Señalaba su estómago.

—Quisiera que me diese algo para calmarlos. Parece talmente que anduviesen peleándose dentro de mí.

—¿Su nombre? —preguntó Muriel.

—¿Es necesario? Importa poco, ¿no? Es lo que digo yo…

Hizo un gesto de dolor. Muriel se puso en pie y se aproximó a él.

—¿Lo ha visto algún otro médico?

—Pues… ayer, pero… No me hizo nada. Me recetó algo, pero no me ha hecho absolutamente nada. Y cada vez va a peor.

Muriel volvió a mirarle la cara. Aquella palidez; la nariz afilada, las mejillas hundidas.

—¿Qué le dio?

El hombre sacó un frasco del bolsillo.

—Esto.

Muriel le echó una ojeada distraída.

—Ya —dijo protocolariamente—. ¿Lo reconoció, ese doctor?

—Pues… no. Sólo me dijo que tomase esto, pero para lo que me ha hecho.

—Mire, míster…

—Es igual, ¿no? Quiero decir, mi nombre. No importa, ¿no?

—Tal vez no. Escuche…

—Míster Jones, creo que debería ir a un hospital.

El hombre se puso más pálido aún.

—¿Qué está diciendo? ¿A un hospital?

—Creo que sí. Convendría que le vieran en un hospital.

—Pero ¿por qué?

—Porque hace algún tiempo que le molesta el estómago, ¿verdad?

—Pues… sí.

—Y cada vez más.

—Pues… sí, es cierto. Oiga, ¿qué está tratando de decirme? ¿Qué tengo cáncer o algo por el estilo?

—No, no es eso, ni mucho menos, pero conviene que lo vean en un hospital. Y cuanto más rápidamente mejor.

—Bueno, en ese caso, lo pensaré. ¿No puede darme algo que me calme el dolor?

—No. Podría hacerlo, pero sería por muy poco tiempo. Luego volverían los dolores más fuertes. Si quiere puedo recomendarle a

un amigo mío en el hospital Católico, dónde…

—Déjelo. Deme lo que sea y ya me las arreglaré.

Muriel hizo una última tentativa.

—Escuche, míster Jones, los dolores volverán más fuertes aún, le dé lo que le dé. Lo que usted necesita es un reconocimiento, un análisis de sangre y posiblemente… Bueno, creo que eso es lo que usted necesita.

—Déjelo. Yo sé lo que necesito. Lo que necesito es que me calme este maldito dolor. ¿Es que no puede hacerlo?

—Como quiera, pero creo que debería hacer lo que le digo.

Escribió rápidamente en un papel.

—Vaya a la droguería y que se lo den. Y, míster Jones…

—¿Cuánto le debo?

—Dos dólares. Haga el favor de pagarle a la enfermera.

El hombre dio las gracias y salió. Muriel lo miró alejarse. Luego Betty, la enfermera, volvió.

—Doctora, ¿me va a necesitar?

—Creo que no. Gracias, Betty.

—¿Qué le ocurría a ese hombre?

—Betty, quisiera equivocarme, pero he visto muchos así en la consulta de mi padre, cuando yo estudiaba. O mucho me equivoco o está a punto de producirse la perforación. Le he dicho que vaya al hospital, pero no me ha hecho caso.

—Como siempre doctor. Siempre piensan que esas cosas les ocurren a los demás, no a uno. ¿No se equivocará usted?

—Creo que no. Es una facies característica.

—Sí, por supuesto. Yo también le noté algo raro.

Se puso el abrigo.

—¿Se quedará mucho rato?

—Sólo el tiempo de leer un par de revistas.

La enfermera salió. Betty cogió las revistas y se abstrajo en ellas.

Ignoraba cuánto tiempo había pasado, cuando sonó el timbre de la puerta.

Fue a abrir. Tenía su vivienda en el piso de arriba de la consulta. Miró el reloj y vio que eran las nueve.

Jones estaba ante ella. Tenía puesta una mano en la parte alta del vientre.

—Doctora, esto no marcha. Me he tomado lo que me dio, pero

esto no marcha.

—¿Ha ido a ver a otro médico?

—¿Cómo lo sabe?

—Lo supongo solamente. ¿Lo ha hecho?

—Pues… sí, y me ha dicho que me tome otro potingue, pero quiero saber si me voy a morir o no.

No había temor en su tono. Sólo urgencia.

—Porque si me voy a morir prefiero hacer ciertas cosas antes, y…

—Escúcheme, bien, míster Jones, usted no se va a morir ahora mismo, pero debería hacer lo que le dije.

—¿Ir a un hospital? El caso es que…

—Un amigo lo recibiría en su hospital y…

Lanzó una ojeada a las ropas del hombre.

—… Si es por el dinero creo que llegarían fácilmente a un acuerdo. Pero debe darse prisa.

—Bueno, si usted lo dice…

Muriel tenía ya el teléfono en la mano.

—Jim —dijo cuando le respondieron—. Tengo un caso que o mucho me equivoco, o se trata de una perforación. Sí, ya sé, pero he visto muchos en la consulta de papá. De acuerdo, de acuerdo, si me equivoco, te pago la cena. ¿Puedes admitirlo ahora? De acuerdo. Yo misma lo llevaré. Tengo el coche en la puerta. ¿Cómo? Bueno, yo soy libre y mayor de edad. Puedo preocuparme si quiero, ¿no? Conforme, lo llevo.

Se volvió hacia el hombre.

—Venga conmigo, lo llevaré en mi coche.

—Escuche, ¿tan grave estoy? Quisiera hacer algunas cosas.

—Cuando terminen con usted, será el momento.

—¿Cuando terminen…? ¿Qué diablos quiere decir?

—Cuando lo curen, es lo que quiero decir.

—Ah, bueno. ¿Y tendré que estar mucho tiempo en el hospital?

—No lo sé. Supongo que unos días, sí.

—Pero yo no puedo…

—¿Pagarlo? Ya le he dicho que llegará a un arreglo con mi amigo. Y ahora, míster Jones, vamos.

El hombre, con la cara crispada por el dolor, la siguió. Ella cerró la puerta de la consulta y bajaron al garaje del hotel. Un momento

después rodaban hacia el hospital donde Jim Alton oficiaba como internista jefe.

Jim Alton estaba lavándose las manos cuando Muriel abrió la puerta.

—Buena pieza estás hecha —dijo Jim—. ¿Por qué no aceptas el puesto que te ofrecí?

—Aún no lo sé.

Encendió dos cigarrillos y le dio uno a Jim. Éste lo chupó largamente.

—Vamos a ver si han terminado con tu amiguito.

Caminaron por el corredor blancamente iluminado. Las enfermeras se cruzaban con ellos andando rápida y eficientemente.

—¿Dónde quieres cenar, Muriel? Te lo has ganado. Ese pobre hombre estaba a punto de entregarla.

—No es mérito, Jim: Ya te dije que en la consulta de papá los he visto muchas veces.

¿Qué te ha dicho Banks? ¿Hay probabilidades?

—Cree que sí. Pero un par de horas más, cuatro como mucho y… listo. Te ofrezco cincuenta más a la semana si te quedas aquí.

—Lo pensaré, Jim. Vamos a ver a Banks.

—¿Quieres ver la operación?

—No. ¿Y tú?

—Terminé ya. Podemos ir a tomar algo.

Examinó el cuerpo esbelto y macizo de la joven, y su cabello dorado.

Le puso una mano sobre el hombro.

—Y aprovecharé para decirte de nuevo que eres el médico más bonito de América, Europa y Kansas City.

—Payaso —respondió ella. Pero se sentía contenta.

—¿Qué hay, míster Jones?

El hombre reposaba en una cama de una habitación de dos. La otra estaba desocupada.

Jim y Muriel habían entrado juntos. El hombre los miró. Ya habían pasado los efectos secundarios de la anestesia, y transcurrido tres días de la operación.

Jim miró la gráfica y movió la cabeza aprobadoramente.

—¿Era grave? —preguntó Jones.

—Bastante, amigo, pero ya ha pasado todo. Se pondrá bien. Y

agradezca a la doctora Hyer que se diera cuenta de su gravedad a tiempo.

—¿Si no, me hubiera muerto?

—Por supuesto que sí.

—Oh… Pues, gracias, doctora.

—No hay de qué.

—En cuanto al dinero…

—No debe preocuparse. Al menos por el momento —añadió recordando que él no era el director del hospital.

—Lo que quería decirle…

—Ahora descanse. Unos cuantos días más y se pondrá bien.

El hombre, recién afeitado, tenía un aspecto mucho mejor que cuando fue a verla. Le habían retirado la sonda nasal y parecía bien, aunque Muriel se dio cuenta de que estaba intranquilo.

—¿Le ocurre algo, míster Jones?

—¿A mí? Nada, por supuesto.

—Bien, descanse y haga caso al doctor Alton.

Salieron.

—¿Cómo andas de clientela, Muriel?

—Así, así.

—Bueno, cuando ya no puedas resistir el hambre, cuando tengas que comer patatas con coles, recuerda mi oferta. Banks y el director me han aprobado el aumento que te ofrecí.

—Gracias, Jim. Ya sé que eres un encanto, pero… me gustaría salir adelante por mis propios medios. Ya sabes lo que opinaba papá.

—Sí, ya sé también que cuando murió le quedaban dos mil dólares en el Banco y una clientela compuesta casi toda ella por los obreros de la fábrica. Cobraba por cada uno de ellos veinte dólares al mes.

—¿Quieres callarte? Pero al menos…

—Oh, sí, al menos vivía tranquilo y orgulloso. Muriel, Muriel…

Le puso una mano en el brazo.

—Queda la tercera solución.

—¿Casarme contigo? Jim, el matrimonio…

—Por favor, discursos no. Di sí o no.

—Por el momento, Jim…

—No lo digas. No hace falta. No.

—Sí, Jim, eso es.

Diez días más tarde, el teléfono sonó.

Muriel lo cogió con gesto de cansancio.

—¿Sí? Hola, Jim. Lo siento, pero esta noche…

—No te llamo para invitarte a cenar. Lo que quiero decirte es que tu amiguito se ha largado.

Muriel frunció en entrecejo.

—¿Quién…? ¿Jones?

—El mismo. Un coche llegó y él bajó aprovechando el cambio de turno de recepcionista. Se ha largado sin decir ni una sola palabra.

—Lo siento, Jim. ¿No ha dicho… nada de pagar?

—Ni una palabra.

—Jim, lo siento de veras. Yo tengo la culpa.

—Escucha, rata, no estoy tratando de pasarte la factura. Métetelo en la cabeza. Sólo quería decírtelo. El hospital y la fundación pueden sufragar ese gasto. Pero…

—Escúchame tú a mí, Jim. Voy a extender un cheque por trescientos dólares. No tengo más, pero…

—¡Te he dicho que te guardes tu dinero, maldición!

—Jim, te voy a enviar el cheque.

—¡Y yo te lo tiraré a la cabeza!

—Como quieras, pero no puedo consentir que el hospital…

Jim colgó enfadado. Muriel se cogió la cara entre las manos y permaneció así mucho tiempo.

Pasaron varios días. La clientela de Muriel aumentó ligeramente según se acercaba el invierno. Luego, una tarde, el teléfono sonó.

—¿Doctora Hyer?

Reconoció la voz casi al momento.

—¿Es usted míster Jones?

—El mismo, doctora. ¿Cómo le va?

—A mi bien. Pero yo no estaba enferma.

—Yo tampoco, ahora, al parecer. Gracias a usted. Escuche, doctora, quería decirle que me marché del hospital.

—Lo sé. A la francesa.

—¿Cómo?

—Quiere decir sin despedirse de nadie.

—Bueno, había algunas razones… El caso es que tenía que marcharme.

—Lo supongo. ¿Dice que se curó del todo?

—Por completo, doctora. Ya no me hace daño nada de lo que como, y mire que como todo lo que quiero.

—Me alegro.

—Escuche, doctora, usted estará enfadada conmigo.

—No.

—Pues debiera, estarlo. Me porté como un cerdo, pero ya le digo que había algunas razones. Bueno, las había. Pero quisiera decirle que si me dice cuánto cuesta lo del hospital, les enviaría el dinero.

—¿Puede pagar?

—Pues… —La voz sonaba cautelosa—, si no es mucho.

—Escuche, míster Jones, no se trata sólo de eso. Se trata de que le hicieron una operación a vida o muerte. Ahora se lo puedo decir. Y debería haberse quedado para ser vigilado y tratado convenientemente.

—No podía quedarme, palabra que no. Pero me gustaría quedar bien con usted. No crea que no sé qué me salvó la vida. Otros médicos podrían haberme dicho lo que tenía y haber hecho lo que usted hizo, pero no lo hicieron. Espere, no me interrumpa, por favor. Si me dice lo que les debo…

—¿Puede usted pagar trescientos dólares? Ese dinero no es para el hospital, sino para atender a otros enfermos. El hospital Católico no gana nada. Los ricos pagan por los pobres. ¿Me entiende?

—Creo que sí. Yo no soy rico, pero esa cantidad sí que podría darla. ¿La envío al hospital? Lo que quiero es que… Verá, es un poco complicado. No quiero que mi nombre figure en ninguna parte. Razones particulares, doctora. ¿Usted cree que si le envío el dinero a usted y usted lo da al hospital estará bien?

—Pues supongo que sí.

—En ese caso le enviaré seiscientos dólares. Tres para el hospital y tres para usted.

—Yo no necesito tanto.

—Escuche, por favor. Usted fue la primera que vio lo que tenía y que me iba a liar el petate. Eso bien vale trescientos, ¿no? Si el hospital cobra eso, usted también debe cobrar lo mismo.

—Sí, pero yo…

—No haga caso. Le enviaré el dinero. Y doctora, ¿alguien le ha hablado de mí?

—No, ¿por qué?

—¿Nadie?

—Nadie.

—Mejor. Pero escuche, si alguien le dice algo de mí, si la molesta, llámeme.

Muriel se echó a reír argentinamente.

—¿Qué le llame? ¿Y dónde podría hacerlo? Si ha estado usted todos estos días sin dar señales de vida…

—Bueno, eso tiene fácil arreglo. Usted envía una nota al bar de Mungo Smith y dice: «Necesito verlo, Jones». Y nada más.

—Escuche, míster Jones, ¿por qué piensa que alguien me va a preguntar por usted o a molestarme?

—Pues podría suceder, digo yo.

—No lo creo.

—Usted no, pero si ocurriera, ya sabe. Bar de Mungo, en Leicester. Nada más. Pero no le diga a nadie que puede avisarme en ese lugar, ¿quiere?

—¿Y cómo sabría que había sido yo la que escribiera la nota? —preguntó Muriel ligeramente divertida e irritada al mismo tiempo por aquella insistencia.

—Pues, ¿no recuerda que tengo su escritura? Usted me dio una receta.

—¿Y reconocería mi letra?

—Pues no la olvidaría jamás, doctora. Y ahora, tengo que colgar. Recuerde. Si alguien la molesta haga eso que le he dicho.

—Está bien, está bien. Lo haré si eso le hace quedar más tranquilo. Y escuche…

Pero la comunicación se había cortado ya.

Muriel colgó, no sabiendo si echarse a reír o irritarse. Aquel hombre, con sus misterios…

Decidió olvidarse del asunto, hasta ver si llegaba el dinero.

CAPÍTULO II

El dinero llegó. Seiscientos dólares. Llamó a Jim por teléfono.

—Tengo trescientos dólares para ti…

—Ya sabes lo que puedes hacer con ellos.

—Espera, Jim. Es el pago de la operación de Jones. Pero no quiere que nadie lo sepa. Supongo que será por los impuestos.

—Esto puede ser deducido de cualquier impuesto.

—Ya lo sé. El caso es que quiere que os los entregue. Y pienso que podemos respetar su decisión. Acéptalos como un donativo.

—Bueno, lo haré, pero esto me huele mal. Pienso que eres tú quien quiere saldar la deuda de ese hombre.

—Palabra que no, Jim. Y además, te invito a cenar, si quieres. Me ha pagado a mí también.

—Vaya con el exmoribundo. Te acepto la cena, rata.

Cenaron juntos, y hablaron de Jones.

—Supongo —dijo Jim que es uno de esos tipos que guardan el dinero en un calcetín debajo del colchón, pero que algo le ha roído la conciencia. Quizá sea un hombre religioso y ha consultado con un cura.

—No me dio esa impresión —respondió ella—. Más bien… Bueno, es una tontería.

—¿Qué?

—Nada.

Hablaron de otras cosas y Jim le repitió que tenía un puesto en el hospital o que podía casarse con él, a elegir, y ella le respondió que por el momento no se sentía atraída por ninguna de las alternativas.

Se separaron en la puerta de la casa de Muriel. Jim se alejó y ella penetró en la casa. Ya antes de encender la luz le pareció que algo no estaba como lo había dejado ella.

Tardó dos segundos en darse cuenta de que era el olor.

Un olor a…
Encendió la luz.
Sí.
Estaba allí, sentado en su sillón y estaba fumando.
—¿Quién es usted…?
Se dio cuenta y vio que había otro detrás de ella.
Y entonces comenzó a sentir, si no miedo, al menos un cierto temor, una cierta sensación de frío en la espina dorsal.
—Hola —dijo el que estaba sentado.
—¿Quiénes son ustedes?
—Siéntese.
—No quiero sentarme. Ésta es mi casa y…
—Siéntese —añadió el que estaba tras de ella.
Muriel se sentó.
—Bien, doctora. Quisiéramos que nos dijera una cosa.
—¿Y para eso asaltan mi casa? ¿Cómo han entrado en ella?
—Dejemos eso.
El que estaba sentado era alto y muy delgado. Sus ropas eran buenas, pero le sentaban mal. Y sobre todo, desentonaban unas de otras. Tenía ojos de un azul muy pálido. No le gustaron a Muriel. Nada.
El otro era más bajo y con ropas menos caras. Llevaba una chaqueta de cuero bastante usada.
Y tenía algo en la mano. Algo que Muriel no pudo distinguir bien.
—¡No puedo dejar…!
—Dejémoslo, doctora, he dicho. Queremos que conteste a unas preguntas.
—No contestaré a nada. Lo que voy a hacer es llamar ahora mismo a la policía.
—No. Si sabe lo que le conviene, no se le ocurrirá hacerlo.
Muriel comprendió que el otro estaba hablando en serio. Era una mujer decidida, pero no una loca. Quiso saber algo más.
—Está bien. ¿Qué es lo que quieren?
—Díganos, doctora… Pero ¿tiene algo que beber en casa?
—No.
—Pues a mí me parece que aquello es un bar. Chico, acércate y mira si hay algo.

No cabía duda, lo habían visto. Chico, el más bajo, se acercó al bar y sacó una botella de White Label.

—Vaya, lo que tenemos aquí. ¿No quería darnos algo a beber, eh?

—No. No tengo por qué hacerlo.

—Bueno, Chico, pasa la botella.

La dejaron vacía en tres tragos. Y mientras lo hacían, no cesaban de observarla.

Entonces, Chico se acercó a ella.

—Bien, doctora. ¿Dónde está Gore?

—¿Quién?

—Gore.

—No sé ni de lo que me están hablando.

—¿No? Chico, puedes comenzar.

Chico se aproximó a ella y le cogió la cabeza con ambas manos. Muriel se revolvió en el sillón, pero no pudo levantarse. La presión fue haciéndose más y más fuerte y el dolor más intenso. Aquellos gordos pulgares se le estaban clavando detrás de las orejas.

Abrió la boca para gritar y una sucia mano se la tapó.

—Vamos, doctora, ¿verdad que no nos obligará a ser brutos con una mujer tan bonita como usted…? ¿Verdad que no?

Y Chico:

—¿Dónde está Gore?

Muriel sentía que una ira atroz, mezclada al miedo, se iba apoderando de ella como una marea. Aquellos cerdos…

—Vamos, doctora, ¿nos lo dice? Chico es muy bruto, incluso con las mujeres que le gustan. ¿Te gusta la doctora, Chico?

—Mucho.

Pero aquellas cosas no podían suceder. Simplemente, eran cosas que se leían en los periódicos, pero que nunca la alcanzaban a una. Sentía la respiración ajosa de Chico en su cogote y las náuseas la alcanzaron.

—Pero ¿qué es lo que quieren de mí?

—Información, doctora, información. Queremos saber qué le dio Gore y dónde está.

—¡Pero, si no conozco a nadie de ese nombre!

—Oh, vaya si lo conoce. ¿No? ¿Eh? Usted lo conoce, vaya si lo conoce. Y si no habla pronto, palabra que le dejo a Chico un ratito

sólo con usted. Sabe hacer unas cosas que hacen gritar a las mujeres y las convencen de que deben hablar.

Aquellas sucias manos, que no estaban ya en su cuello, sino en la espalda, recorriéndole la piel…

Intentó ponerse en pie con un grito, pero la sujetaron brutalmente.

Y volvieron a taparle la boca.

—No es que me importe que chille —dijo Chico con una mueca feroz—, porque aquí no la van a oír fácilmente, pero antes me va a decir lo que queremos saber. —Y le golpeó la cara, con la mano, derecho, revés.

—¡Les digo que no sé ni de quién me están hablando!

—Pero ¿sigue negando? Me parece que voy a dejar que Chico se entretenga un poco con usted.

Hizo una pausa, mientras encendía un cigarrillo.

—Vamos, estúpida, díganos inmediatamente dónde está Gore. Y qué es lo que le dio a usted.

Muriel estaba en medio de una pesadilla. Pero sabía que no dormía. No, no iba a despertar de un momento a otro…

Y entonces, la luz se hizo en su cerebro.

¿Gore? ¿No sería…?

—¡Suélteme! —dijo.

—¿Piensa hablar? ¿Dónde está Gore? Usted lo llevó al hospital. ¿Para qué?

Justo. Todo encajaba ahora.

—¿Se refiere al hombre que llevé al hospital?

—Pero ¿a quién otro nos íbamos a referir?

—Se marchó del hospital.

—¿Por qué lo llevó usted a él?

—Porque estaba muriéndose.

—No me venga con ésas. Chico…

—Es la verdad. ¿Por qué no preguntan en el hospital?

—¿Se moría, de veras?

—Tenía el estómago perforado.

—¿Una bala?

—No. Ocurre a veces.

El teléfono sonó.

Muriel lo miró con esperanzada expresión. El hombre alto se

encogió de hombros.

—Déjelo que suene. ¿Espera a alguien?

—No.

—¿Quién puede ser?

—Pues algún paciente.

—Que espere, entonces.

El teléfono seguía sonando, irritante, como siempre que no se lo coge.

—Vamos, ¿dónde está Gore ahora? ¿Quiere decir que ya no está en el hospital?

—Se marchó sin pagar siquiera.

—Muy de Gore. Y, ¿dónde está ahora?

—No tengo ni la menor idea. Tampoco me pagó la consulta.

—Vamos, vamos, eso no se lo cree ni usted.

—¿Por qué no preguntan en el hospital?

Hubo un silencio. El hombre alto la miraba con expresión indefinida.

—Doctora —dijo al fin—. Gore estuvo aquí y le dejó algo.

—¿A mí? No me dejó nada. No estaba tampoco para dejar nada. Estaba muy enfermo.

Dos horas más y hubiera sido tarde para salvarlo.

—Ojalá no hubiera usted puesto sus manos en él. Ojalá se hubiera muerto.

—Mi obligación es salvar a la gente.

—¿Seguro que no le dejó nada? Si Chico cree que usted se guarda algo, puede ser muy desconsiderado con usted.

—No me dio nada.

—Mire, doctora, nos vamos a marchar, pero no se le ocurra decir nada a la policía. Ni diga ni una sola palabra o alguna noche nos presentaremos aquí y entonces no le voy a sujetar las patas, a Chico, ¿eh?

Muriel no dijo nada.

—¿No me ha entendido?

—Sí.

Chico estaba ya en la puerta obedeciendo a una seña del alto. Éste se puso en pie.

—Conque, no diga nada, ¿eh?

Se dirigió a la puerta y la abrió una pulgada.

—Chico le puede hacer muchas cosas muy desagradables.

Abrió del todo y salieron.

Hacía mucho tiempo que Muriel no lloraba. Ahora, lágrimas de desesperación brotaron de sus ojos mientras, cegada, corría a echar el cerrojo de seguridad a la puerta.

Lloró durante casi cinco minutos. Por fin, se limpió las lágrimas.

—Eres una idiota —dijo—. Una completa idiota. Llorando no se arregla nada.

Su mano se dirigió, casi independientemente de su voluntad, al teléfono, para marcar el número de la policía. Cuando llevaba dos números ya discados, se detuvo.

Aquellos individuos buscaban a Jones… Bueno, a Gore, puesto que tal parecía ser su nombre. Y habían hablado de algo que él debía haberle dado, pero que estaba completamente segura que no le había entregado. Por otra parte, mal podría haberlo hecho. Estaba demasiado mal.

La policía. Recordaba el asunto aquel en que se vio mezclada con ella, con ocasión del robo de su coche. La molestaron lo indecible, acusándole, poco más o menos, de abandonada por dejar el coche en la puerta de su casa. Le había quedado un recuerdo bastante desagradable del incidente. Por supuesto sabía que su obligación era avisarla ahora, pero no sentía deseos de hacerlo.

En cambio, sentía deseos de hablar con Gore. Y… ¿por qué no hacerlo?

Sentía dolor en el cuello, donde las manazas de Chico le habían apretado fuertemente. Sentía también aún el escozor en las mejillas por las bofetadas. Y pese a su sangre fría profesional, deseaba vengarse de aquella pareja de bestias.

Se dio un masaje en el cuello, pensativamente. Luego, tras asegurarse que nadie podría entrar en la casa, Se fue a la cama.

A la mañana siguiente, pasó su consulta. A mediodía, escribió rápidamente una nota y se la dio a la enfermera.

—Betty, ¿podría llevar esto al bar de Mungo, en Leicester? Eso está cerca de su casa, ¿no?

—Pues, sí. Es un bar de mala nota, doctora, ¿lo sabía?

—No.

—Lo sé porque mi madre, cuando yo era pequeña solía ir a buscar a mi padre los sábados, cuando le daba por emborracharse.

¿Qué es lo que quiere usted de Mungo?

—Nada, Betty. ¿Puede hacerlo por mí, o no?

—Por supuesto que sí, doctora. ¿Debo entregarlo al mismo Mungo? Es un tipo repugnante.

—Sí, debe entregarlo a él, personalmente, pero a nadie más.

Le pareció que Betty la miraba de una manera extraña, pero la enfermera no dijo más. A la tarde, Betty dijo:

—Entregué la nota, doctora. Mungo se la guardó.

—¿Dijo algo?

—Nada, doctora.

—Bueno, Betty, gracias.

Pasó su consulta, en la que hubo algunos pacientes más que de costumbre y por fin llegó la hora de cerrar. Se sentía nerviosa y un poco asustada.

Había cerrado con llave la puerta de su casa, pero recordaba también haberla cerrado el día anterior y, sin embargo, al llegar…

Subió a su casa y antes de abrir la puerta, se detuvo un instante. Sentía el corazón palpitarle violentamente.

Pero se obligó a sí misma a abrir. No había nadie. Tranquilizada ya, se dirigió a su dormitorio, cuando el teléfono sonó.

Lo cogió, con mano nerviosa. Quizá fuera Jim.

No lo era. La voz de Jones, la cual reconoció al momento, llegó a sus oídos.

—¿Doctora? Buenas noches. Recibí su nota. ¿Es cierto que han estado a verla dos individuos?

—Sí, míster Jo… Gore.

—Así que le dijeron mi nombre. Bien, ¿qué querían?

—Escuche, míster Gore, quiero decirle que no deseo…

—Un momento, doctora, por favor. Es muy importante. ¿Qué querían de usted? Muriel tascó el freno de su impaciencia.

—Querían algo que según ellos usted me dio. Y no fue así, ¿no? Pues entonces…

—Por favor, por favor, doctora, es muy importante. ¿Ellos decían que yo le había entregado algo?

—¡Sí!

—Y usted lo negó, claro.

—¿Qué otra cosa podía hacer, míster Gore? ¿Qué otra cosa?

—Espere —interrumpió él—. Por favor, por favor, ¿quiere

describirme a esos hombres?

—Sí, diablos. Pero antes déjeme decirle algo que no le escribí en la nota. Me pegaron. Uno de ellos me sujetó y me pegó. Y me dijeron que ese individuo, Chico, podía hacerme cosas peores, y voy a avisar a la policía.

—Pero ¿para qué, doctora? No se preocupe, que no volverán a molestarla.

—Esos amigos suyos…

—Pero no son amigos, doctora. Escúcheme bien. Uno se llamaba Chico y parecía un maldito *dagoe*, ¿no?

—¡Sí!

—Y el otro, debía ser un tipo alto, con los ojos muy juntos, y rubio. ¿No?

—El mismo.

—No se preocupe, doctora. Pero ¿podríamos vernos?

—¿Ahora? —preguntó ella furiosa.

—Pues si no le importa, sí.

—¡Claro que me importa! No son horas de…

—Oh, usted sale bastante de noche, ¿no? Con el doctor del hospital.

—¿Cómo diablos lo sabe?

—Pues podemos dejarlo ahora. Me gustaría verla.

—Mire, lo que voy a hacer es avisar a la policía.

—¿Por qué no lo ha hecho antes?

—Porque quería advertirle…

Se estaba descubriendo. Y, ¿por qué diablos tenía que darle explicaciones a ese tipo? Pero él seguía hablando.

—Bien, no lo ha hecho y me alegro. Por favor, por favor, ¿podríamos vernos? Si coge usted su coche y se planta en el Grand Theatre, podríamos hablar.

Muriel conocía aquel cinematógrafo. Había ido un par de veces, en sus tiempos de estudiante, con otros compañeros y compañeras.

—No quiero —comenzó.

—Por favor, por favor.

—Está bien, pero si lo que me dice no me convence, llamaré a la policía. No estoy dispuesta a que un par de forajidos me asalten la casa y…

—Por favor.

—Está bien.

—A las ocho y media, por favor.

—Está bien —repitió exasperada. Sabía que se estaba portando como una tonta, pero también sentía curiosidad. Quería saber lo que se escondía detrás de aquello—. Estaré a las ocho y media en la puerta del…

—No, por favor, no en la puerta. Saque una entrada y póngase en una de las dos últimas filas. Hoy estará casi vacío. Yo la veré.

Aquello iba tomando rápidamente caracteres de comedia bufa y de película mala.

—Míster Gore…

Pero la comunicación se había cortado.

Todavía furiosa consigo misma, se puso el gabán, y después de mirar a un lado y otro, sacó el coche del garaje y se encaminó hacia el Grand Theatre en American Masters.

CAPÍTULO III

Estaba sola en la penúltima fila. En la de delante solamente había una pareja que fumaba mientras se abrazaban. En la pantalla, las aventuras de James Bond en lucha con Espectra por la consecución de un avión cargado con una bomba atómica, película que ya había visto.

Habían pasado unos diez minutos desde su entrada en el cine, y ya estaba a punto de marcharse, cuando alguien se sentó a su lado. Lo observó con el rabillo del ojo. Era Gore, envuelto en un grueso gabán, que no intentó quitarse siquiera.

—Buenas noches, doctora —dijo en voz baja.

—Mire, Gore…

—Espere, por favor. No tenemos mucho tiempo. ¿Le hicieron mucho daño?

—Pues, sí, pero más me hicieron en…

Aquel hombrecillo no parecía tener gran interés en escucharla. La interrumpía a cada momento.

—Escuche, por favor. No volverán a hacerlo. Esos tipos quieren algo, quieren saber algo acerca de mí, pero en realidad no son peligrosos.

—¿No? Pues a mí me lo parecieron. Nunca me han pegado desde que tenía tres años y aun así fue mi padre. No quiero que…

—Escuche, doctora. Recuerde bien este número de teléfono:

MX-326.

¿Lo recordará?

—No quiero saber nada que tenga que ver con…

—¿Lo recordará, por favor?

—Está bien,

MX-326.

¿Para qué me servirá?

—Pues para llamarme, si algo le ocurriese. Pero le aseguro que

nada pasará. Usted quédese tranquila, cure a la gente, como a mí me curó y no se preocupe de más. Sobre todo, no llame a la policía. No trae más que molestias.

—Pero yo no quiero…

—¿Lo hará? Y no se preocupe.

—¿Y todo esto no podía habérmelo dicho por teléfono? ¿Era necesario obligarme a venir aquí?

—Pues, en cierto modo sí. Quería tranquilizarla, doctora. Y ahora, me tengo que marchar.

Aquello ya parecía una broma de mal gusto. Hacerle salir para decirle un número de teléfono. Bien, resulta casi risible.

—Míster Gore, ¿qué demonios creían esos individuos que usted podía haberme dado? Quiero saberlo y ahora mismo. Basta de vaguedades.

—Pues preferiría que no lo supiera, doctora. Cuando menos sepa, mejor.

—¿Ah, sí? —preguntó ella furiosa.

Pero el hombre se había puesto en pie y se alejaba. Ella estuvo a punto de seguirlo, pero se dio cuenta de lo ridícula que estaría persiguiendo a un hombre por la sala casi desierta de un cine de tercera categoría. ¿Qué pensaría Jim de ello?

Al diablo con Jim, al diablo con Gore, y al diablo con todo.

Cuando llegó a su casa y entró en ella, estaba tan furiosa que ni siquiera se acordó de tomar precauciones. El teléfono estaba sonando en ese momento.

Cuando lo cogió oyó la voz de Jim.

—¿Dónde diablos te metes? Te he llamado para invitarte a cenar.

—Lo siento, no tenía ganas. He salido a dar una vuelta y tomar un poco el fresco.

—¿Quieres dar otra? Vente al hospital y…

—Lo siento. Estoy muy cansada.

—Te encuentro un poco rara.

—Bueno, Jim, mañana, ¿quieres?

Había colgado, cuando llamaron de nuevo. Esta vez no era Jim.

—¿Qué, dando una vuelta, preciosa?

Reconoció la voz al instante. La del hombre alto, con los ojos muy juntos. El teléfono casi se le cayó de las manos.

—¿No me escucha, doctora? ¿Dónde ha ido?

—¿A usted qué le importa?

—No se ponga así. Ya sabe que Chico tiene las manos muy largas.

—¿De veras? Pues, ¿sabe dónde se pueden ir Chico y usted?

—Cuidado, amiguita. No habrá avisado a la policía, ¿verdad?

—No, no lo he hecho.

—Bueno, pues siga portándose bien. No vaya a estropearse la bonita cara tropezando con algo.

Muriel iba a responderle con una palabrota, pero no tuvo tiempo. El otro acababa de colgar.

Y entonces se decidió. No quería estar escuchando aquellas cosas por teléfono. Tiempo tendría de llamar a la policía si lo otro fallaba.

Disco rápidamente el

MX-326.

No habían pasado cinco timbrazos cuando lo cogieron.

—¿Sí?

—¿Míster Gore?

—El mismo, doctora. ¿Ocurre algo?

—Ese asqueroso me ha llamado y me ha amenazado.

—¿De veras? Bueno, no se preocupe. No lo volverá a hacer.

—Eso me dijo usted antes y… ya lo ha visto. No quiero que vuelva a suceder. Y pienso avisar a la policía.

—Espere dos días, doctora.

—Pero ¿para qué?

—Ya lo verá, doctora. Le doy mi palabra.

Muriel colgó.

Y dos días después recibió el sobre. Era un sobre mugriento, manchado, y llegó en el correo de las once. Cuando lo abrió, vio que dentro había solamente un recorte de periódico.

Extrañada lo leyó. Eran unas cuantas líneas, anunciando que el cadáver de un hombre había aparecido en las fangosas aguas del Sillatoe, con un balazo en la cabeza. Nada más.

Lo dejó a un lado, con los dedos temblorosos. Luego, en un arranque, salió a la calle y compró los periódicos de la mañana. No tardó en encontrar donde habían publicado el suelto. Era el *Clarion*, y no había nada más.

Tragó saliva. Bueno, y todo aquello, ¿qué?

Lo supo al día siguiente. Una nota aclaratoria apareció en el *Clarion*. La policía había logrado identificar al muerto. Se trataba de un individuo llamado Walter Cicolone, alias Chico, y la policía buscaba activamente a sus asesinos. Cicolone era un tipo fichado por la jefatura por diversos delitos que no enumeraba.

Y eso era todo, al parecer, por el momento.

Para la policía, sí, pero ¿y para ella? Porque para ella Cicolone no era un nombre en las columnas de sucesos. Era el repugnante tipo que le había tenido las manos encima aquella noche. El tipo que le pegó y…

Con un esfuerzo, procuró olvidar el asunto. Y consiguió olvidarlo hasta que al día siguiente lo comentó con Jim. Es decir, fue el doctor Alton el que empezó el tema.

—He estado hablando con Fred Belsam —dijo mientras cenaban juntos—. Tú lo conoces, ¿no? Es el teniente de la policía Metropolitana.

Ella frunció las cejas.

—¿Sobre qué?

—Sobre un tipo que ha aparecido asesinado en el Sillatoe.

Muriel se puso ligeramente tensa, pero Jim no lo notó, ocupado con su historia.

—¿Por qué te ha hablado de eso? —preguntó la doctora.

—Pues porque el forense, Alvares, ¿lo conoces…?

Ella asintió.

—Dice que al hombre lo golpearon antes de meterle una bala en la cabeza. —Prácticamente, estaba muerto cuando lo balearon. Lo habían machacado a placer… y no de él, precisamente.

Muriel se estremeció.

—¿Sabe la policía quién ha sido?

—No tienen ni idea, según Alvares. Parece un ajuste de cuentas entre pandilleros. El muerto, al parecer, era un pistolero de poca alzada. Lo que extraña a Belsam es la paliza. Prácticamente, le habían roto todos los huesos del cuerpo. Pero ¿a qué hablamos de todo esto? Vamos a divertirnos.

Pero Muriel no estaba para diversiones. Se estaba preguntando si no había ido demasiado lejos. Si no debería haber avisado a la policía.

—Ese hombre muerto —dijo—, ¿se sabe algo más de él?

—Sí, creo que era un sádico. Belsam dice que lo han tenido varias veces en la cárcel por torturar a la gente.

Muriel sabía algo de eso, pero no lo dejó traslucir.

Se estaba imaginando lo que diría la policía si acudía a ella ahora. Conocía ligeramente a Belsam, el cual le había sido presentado por Alton en cierta ocasión. Parecía un hombre afable, pero Muriel sabía conocer a las personas, Belsam podía ser un hombre bastante duro.

Probablemente la acusaría de no haberse puesto en contacto con ellos a tiempo y que ello había costado la vida a un hombre.

Con un ligero estremecimiento se preguntó quién podría ser el hombre al que conoció como Jones, y si sería el causante de aquella muerte. Al menos, aquel recorte de periódico…

—A propósito —decía Jim en ese momento—. ¿Has vuelto a saber algo acerca del hombre al que intervinimos?

Parecía como si le estuviera leyendo el pensamiento. Muriel alzó los ojos hacia su compañero, tratando de leer en ellos si estaba estableciendo alguna relación entre los dos temas de conversación.

Pero Jim sonreía alegremente.

—No —respondió ella—. Ninguna.

Con eso acababa de romper el puente tras de sus espaldas.

La noche acabó en el cine. Jim le cogió la mano, que ella le abandonó. En voz baja le propuso de nuevo que si ella quería, podían… Muriel movió la cabeza.

La dejó en la puerta de su casa. A la mañana siguiente, ella abrió la consulta como todos los días, a las once de la mañana. El tiempo estaba terriblemente frío, y el cielo completamente cubierto. La nevada estaba cerca, se podía sentir en el aire.

Hacia las once y media, llamaron a la puerta. Betty le acababa de decir por teléfono que no podría ir hasta las doce, debido a que tenía que hacer varias cosas.

Abrió y retrocedió dos pasos al ver quién había en la parte exterior. Había reconocido instantáneamente aquellos ojos muy juntos y el pelo rubio.

Sus ropas, que la primera vez en que lo viera eran buenas, estaban ahora en un estado de descuido extraordinario. La corbata torcida, el cuello de la trinchera levantado, y sus pelos en desorden.

Muriel retrocedió, preparándose para cerrar la puerta, Pero el

hombre no la dejó.

—Por favor, doctora —dijo—. Por favor.

—¿Qué quiere?

—Déjeme entrar.

—¿A usted? ¿Después de…?

—Por favor, le juro que no le haré daño. Pero, por el amor de Dios, déjeme entrar. Súbitamente empujó a Muriel, entró y cerró la puerta a sus espaldas.

Se apoyó contra la hoja de madera. Jadeaba.

—No le haré daño, se lo juro. Sólo quiero…

—Márchese ahora mismo o llamo a la policía.

—¿La policía…?

Una llamita pareció brotar en los ojos del hombre. Como si la idea no le resultase del todo desagradable.

—No, no, será mejor. Quiero decir que no es necesario. Doctora, por favor, ¿no podría…?

—¿Qué?

Algo le decía a Muriel que no debía temerle en estos momentos. El hombre parecía agitado. Aterrado era la palabra que mejor lo describía.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre poco importa. Doctora, lo que quiero pedirle es, ¿verdad que yo no le hice daño a usted?

—¿Qué no me hizo daño? Pero ¿es que no recuerda?

—No, yo no. Acuérdese: fue Chico quien la maltrató, no yo. Palabra que yo sólo quería asustarla, pero fue Chico quien le puso las manos encima. ¿No lo recuerda?

—Lo único que recuerdo —declaró ella fríamente—, es que ustedes dos entraron en mi casa y me amenazaron y llegaron a golpearme. Y que si ahora mismo no sale de aquí, llamaré a la policía y…

—Espere, por Dios.

—¡Lo ha nombrado usted varias veces! —dijo indignada—. No lo oí el día en que estuvieron ustedes aquí, usted y ese Chico. Entonces no lo…

—Espere —repitió. Se frotó la frente en la que habían aparecido gotas de sudor—. Espere. No sabía, no podía saber… Tiene que decirle que yo no le hice nada a usted.

—¿Qué le diga qué y a quién? —repitió Muriel frunciendo el entrecejo.

—A él, tiene usted que decírselo. Yo no la toqué, ¿no es cierto?

Muriel estaba comenzando a comprender.

—¿Le tiene usted, miedo, verdad?

—Me está… Me tiene marcado. Me hará lo que le hizo a Chico.

—¿Quién?

—Gore.

—¿Por qué?

—Porque…

Volvió a limpiarse el sudor.

—Porque estuvimos aquí.

Muriel lo pensó un momento.

—Quiere matarlo, ¿verdad?

—Sí. Y, por Dios, yo no quiero morir. No así. Es demasiado horrible. No le temo a la muerte, pero lo que hicieron con Chico…

Tragó saliva penosamente.

—Por favor, dígale que yo no le hice nada a usted. Que deje de perseguirme.

—Espere un momento. ¿Qué es lo que querían ustedes el otro día cuando estuvieron aquí?

—Yo… Queríamos algo que pensábamos que había dejado aquí Gore.

—¿Qué?

La palabra había brotado como un disparo. El hombre se limpió de nuevo el sudor con el reverso de la mano.

—Eran unos papeles.

—¿Qué había en ellos? Si me lo dice, tal vez pueda hacer algo por usted.

Era en cierto modo una mentira, porque ignoraba qué diablos podría hacer por él, pero aun antes de pensarlo, las palabras habían salido ya de su boca.

El hombre la miró con una expresión de incontenible alivio.

—¿De veras que lo hará? Dios, no sabe qué peso me quita de encima. No se preocupe, que alguna vez yo… Bueno, dejemos eso.

—Dígame qué había en esos papeles.

—Pues es algo que no le interesa saber, doctora, de veras. No le vendría ningún bien de ello créame.

Ahora parecía deseoso de marcharse. Un diablillo le impulsó a la doctora Muriel Hyer a insistir, y en realidad ignoraba por qué. Aquello no le interesaba, se repetía una y otra vez. Y sin embargo…

—¿Qué? Si no me lo dice…

El hombre lanzó un hondo suspiro.

—Doctora, lo que me pide es peligroso.

—Hable o le digo a Gore una palabra. Una sola: que le haga lo que a Chico.

—Está bien, ¡está bien!

Carraspeó.

—Había en ellos lo suficiente como para que arda media ciudad —dijo contenidamente.

—No lo entiendo.

—Yo, sí. Y creo que he dicho bastante.

—¿Qué tiene que ver Gore con ello?

—¿Gore? Pero ¿no lo sabe?

Muriel comprendió que había dicho demasiado o demasiado poco.

—Algo.

—Pues entonces ya sabrá que el jefe quiso quitarlo de en medio, pero Gore, tiene sus propios recuerdos. Y he dicho demasiado. Doctora, ¿le dirá a Gore que no tiene nada contra mí? ¿Se lo dirá, verdad?

Muriel estaba pensando rápidamente. Sentía que el suelo se movía bajo sus pies. ¿Quién era el jefe, y quién era Gore, en realidad? ¿El hombre al que ella había conocido por Jones?

—Váyase —dijo—. Si no me molestan más, no tiene nada que temer.

—Gracias, doctora. Le aseguro que no le molestaré para nada. Puede creerme.

Abrió la puerta y salió, mientras se ponía el sombrero.

Muriel se dejó caer en un sillón y encendió un cigarrillo con mano ligeramente temblorosa.

El jefe, Gore.

Se decidió. Marcó rápidamente un número en el teléfono. Mientras escuchaba la llamada al otro lado, estaba pensando que lo que debía hacer en realidad era llamar a Jim y decirle…

—¿Decirle, qué? ¿Qué le había estado ocultando todo el asunto?

¿Qué llamara quizá al teniente de la policía, a aquel hombre de mirada dura? Y, ¿qué le diría éste?

—¿Diga? —Una voz de mujer, dura, ronca, pero de mujer.

—¿Está míster Gore?

—¿Gore? No conozco a nadie de ese nombre.

—Dígale que le ha llamado la doctora, ¿quiere? Doctora Hyer.

—¿La doctora? Bueno no conozco a nadie de ese nombre, repito.

—Pero puede hacer lo que le pido, ¿no?

—No sé cómo, hermana.

Y colgaron.

Muriel colgó también, un poco rabiosamente.

Se estaba preparando para acostarse cuando el teléfono sonó.

—¿Doctora?

Por fin. La voz era inconfundible.

—Escuche, míster Gore…

—¿Por qué me ha llamado? ¿Ha ocurrido algo?

—Pues…

—Escuche, doctora, no debe llamarme a no ser que sea absolutamente necesario.

—Pues lo es, ¡diablos!

—¿Qué ocurre?

—Ha estado aquí ese hombre…

—¿Cuál, el rubio?

—Sí, el mismo.

—¿La ha molestado a usted?

—No, pero quería…

—¿Qué?

—¿Es que no piensa dejarme hablar? —Gruñó ella indignada.

—Tengo mis razones, doctora. No se mueva de ahí. Iré a verla.

—Estoy muy cansada y quiero acostarme.

—Sólo será un momento, doctora. Palabra.

—Está bien, pero no tarde.

—Estaré ahí en unos minutos.

Y Muriel colgó. Suspiró profundamente. Cogió un libro y se sentó a esperar.

CAPÍTULO IV

Cuando abrió la puerta, respondiendo a una débil llamada, apenas reconoció al hombre.

Esta vez no iba vestido descuidadamente. Llevaba una trinchera limpia, y un sombrero. Cuando se abrió la prenda, mostró debajo un traje castaño, bien cortado.

—Hola, doctora.

Lanzó una mirada a su alrededor.

—Bien, ¿qué quería ese hombre?

—Que usted no lo persiguiese.

—¿Ah, sí? ¿No tiene algo de beber por casualidad?

—A usted no le conviene beber.

—Pues le diré: sí y no.

—Gore.

—¿Sí, doctora?

—Usted me ha dicho que me está agradecido, ¿verdad?

—Pues claro que sí, doctora.

—En ese caso, ¿qué ocurre?

—¿Ocurrir dónde?

—¿Por qué lo perseguían esos hombres? ¿Y por qué usted los persigue a ellos ahora?

Los ojos de Gore estaban fijos en ella. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, delgado y de acusados rasgos. Sus pupilas eran de color gris claro.

—Doctora, no me pregunte eso. Pero le diré una cosa: tan pronto como ese individuo desaparezca, nadie se meterá con usted.

—¡Pero yo no quiero que desaparezca! ¡Quiero vivir tranquila de ahora en adelante! ¡Eso es lo que quiero! ¿Quién es usted, Gore?

—¿Y cree que vivirá más tranquila si sabe quién soy yo?

—Lo creo, sí.

—Lo siento, doctora. Estamos en dos mundos muy distintos.

Mucho. Y más vale dejar que esos mundos no se toquen. Créalo. Más vale. En cuanto a ese individuo, no creo que vuelva a oír hablar de él. Yo me encargo de eso.

—Gore, no le haga nada. Ese hombre estaba terriblemente asustado.

Gore seguía mirándola fijamente.

—¿Cuántos años tiene usted, doctora?

—Veintinueve. ¿Qué diablos tiene que ver con…?

—Tiene los diablos siguientes: Ojalá fuera usted un poco mayor, o yo un poco más joven. Es usted una mujer extraordinaria. Y muy bella.

Muriel frunció una sonrisa.

—¿Qué es eso, Gore? ¿Una declaración?

—Pues pudiera serlo si se dieran esas circunstancias. Pero desgraciadamente no hay caso. No obstante, le diré una cosa: No quiero que le ocurra nada. Mujeres como usted no deberían verse mezcladas en ciertos asuntos. Ese tipo es un… ¿cómo dicen ustedes, los que han leído y estudian? Un degere…

—¿Un degenerado?

—Eso mismo. Lo es. Y no merece vivir.

Muriel estaba riéndose. Gore frunció las cejas.

—¿Se ríe de mí, doctora?

—En cierto modo, sí, Gore. De acuerdo, ese hombre es un degenerado, pero usted, ¿qué es lo que hace?

—¿Yo?

Parecía asombrado.

—Diablos, doctora, yo no soy un tipo de ésos. Me gusta una mujer hermosa y me gustan algunas cosas buenas de la vida. Ese tipo, no. Odia a las mujeres.

—No me refería a eso. Me refería a que, ¿qué hace usted? ¿Cómo se gana la vida? ¿Por qué anda mezclado con esos tipos? ¿Qué le hicieron ellos a usted, y qué les hizo usted a ellos?

—Un día —pronunció Gore lentamente—, cuando todo haya pasado, vendré a su casa, usted me dará una copa y le explicaré algunas cosas. ¿Quiere?

Muriel suspiró exasperada.

—Una cosa le diré entonces, Gore. Un amigo mío, el doctor que le operó, tiene amistades en la policía.

La cara de Gore estaba pétrea cuando preguntó:

—¿Sí? ¿Quién?

—El teniente Belsam. Pues bien, si vuelven a molestarme esos individuos, o si vuelvo a verme mezclada en cualquier cosa de éstas, que me están haciendo perder mi intimidad, le doy mi palabra de honor de que iré al teniente.

—Ya. Comprendo.

—Y… Gore, no quiero que le suceda algo a ese tipo. Déjenlo en paz.

—Me gustaría hacer lo que me pide, doctora, pero…

—Pero ¿qué?

—Pero es un poco tarde. Ese tipo ha hecho algunas cosas muy mal hechas. En fin, espero poder complacerla.

Había habido una especie de brillo turbio en su mirada al decir las últimas palabras. Muriel lo notó.

—¿Cómo se encuentra usted? ¿Dice que bien?

—Perfectamente, doctora, gracias a usted y a su buena mirada de médico.

—En ese caso le daré la copa que me ha pedido.

—Espléndido, doctora.

Muriel se acercó al pequeño bar empotrado en la pared y sacó una cerveza.

—Caliente, ¿verdad?

Gore rió.

—Como quiera. Pero al decirme una copa pensé que sería una verdadera copa.

—No le conviene el alcohol fuerte.

Le sirvió la cerveza y él la bebió pensativo.

—¿Y no le han molestado a usted, Gore?

—¿Quién, ellos? No, ¡qué esperanza!

—Gore, usted me envió un recorte de periódico.

—¿Yo? Ni pensarlo.

—No mienta.

—No miento.

—Sí.

—Bueno, quizá un poco.

Muriel se estremeció.

—¿Quién… quién le hizo eso a ese hombre?

—Pues no tengo ni idea, pero sí le puedo decir una cosa: Un hombre que ha puesto las manos sobre usted, no merece seguir viviendo. Había que cortarle las alas.

Dejó el vaso vacío sobre la mesa.

—Bien, doctora. Quizá pase algún tiempo sin que nos veamos. No se preocupe, ¿eh?

—¿No habrá más recortes de periódico?

—No los habrá. Seguro, doctora.

Le tendió la mano.

—Lo dicho. Ojalá fuera usted un poco más vieja o yo… menos viejo. No le soy repugnante, ¿verdad?

—No, no me lo es.

Los ojos del hombre brillaban.

—Gracias por eso, doctora. Creo que se lo agradezco.

El hombre le estrechó la mano.

—Adiós, doctora.

Se dirigió a la puerta, la abrió y desapareció.

Muriel se quedó mirando la puerta cerrada. Una pequeña sonrisa crispaba sus labios.

Luego, siempre sonriendo, sacó un pañuelo limpio de su bolso y cogió cuidadosamente el vaso en el que había bebido Gore y lo envolvió.

Después, y tras haberse asegurado de que la puerta quedaba cerrada y asegurada, se marchó a la cama. Mientras se lavaba los dientes, se miró al espejo. En él vio reflejado el cuerpo de una mujer en la plenitud de su hermosura. Sabía que lo era, porque las miradas de los hombres cuando pasaban a su lado por la calle, se lo habían dicho con entera claridad, y Jim se lo repetía también frecuentemente.

Por fin, se acostó.

A la mañana siguiente, llamó por teléfono a una amiga suya, compañera de la Universidad.

—Jinny, quisiera pedirte un favor.

—Bueno, ya era hora de que tu mediquito te dejase un rato libre. ¿Cuándo os casáis?

—No hay nada aún. No te preocupes, que tú serás de los primeros en saberlo en el caso de que llegue. ¿Puedes comer conmigo?

—Con gusto. Espérame a las doce y media en Tony's. No te retrases, porque tengo que entrar al trabajo a las dos.

A la hora fijada, Muriel estaba en Tony's. Fue Jinny Monroe la que se retrasó.

Cuando llegó, revoloteando, según su costumbre, saludando a diestro y siniestro, besó a Muriel.

—Chiquilla, ¿qué diablos haces para estar cada día más bonita? Tienes que darme la receta un día de éstos.

—Lo haré. Jinny, quiero pedirte un favor. Tú estabas saliendo con un policía, ¿no?

—Lo hacemos, esporádicamente.

—Pues quiero una cosa. Supongo que podrás hacerla.

—Menos presentártelo para que me lo soples, cualquier cosa, Muriel.

—No quiero que me lo presentes. Sólo que me digas si él podría indicarme a quién pertenecen unas huellas digitales.

—Eso es fácil, muchacha. Tú me las das… ¿Dónde están?

—En un vaso.

—Pero… Bueno, ¿y qué diablos hacen en un vaso?

—¿Puedo guardar el secreto?

—Puedes, claro que sí, pero me resulta extraño.

—Y, Jinny, quisiera que a ser posible no me preguntases nada más.

—¿Sólo decirte de quién son? ¿Y si no hay constancia en la jefatura?

—Pues en ese caso me lo dices y ya está.

—Como quieras.

Jinny Monroe la examinó con atención.

—¿Quieres saber si algún admirador tuyo está fichado por la policía?

—Pues, hemos quedado en que nada de preguntas. Pero, podría ser ésa la verdad.

—De acuerdo.

Muriel sacó el vaso de su bolso y se lo tendió. La otra lo cogió con cuidado.

—De acuerdo. Se lo diré a mi muchacho. Tal vez pueda ayudarte. ¿Tienes prisa en ello?

—La tengo.

—Bueno. Creo que podré decirte algo dentro de un par de días.

—¿No antes?

—Hombre, tengo que ver a Alois, pedírselo, tienen que hacerlo…

—Detente, demonio. Está bien, dentro de dos días.

—Por cierto, tu amigo, el doctorcito, lo he visto con el teniente Belsam. Son amigos, ¿verdad? ¿Por qué no se lo pides a él? Lo haría con mucho gusto.

—Jinny, si te lo he pedido a ti es porque quiero mantenerlo en secreto, ¿entiendes? No quiero que nadie lo sepa.

—Está bien, está bien, como quieras. Te llamaré dentro de un par de días.

Muriel Hyer regresó a su casa. Llamó al doctor y esa noche procuró olvidarse de todo. Estuvieron bebiendo en varios bares y recalaron por fin en un club casi privado donde un negro, pequeño y feo, arrancaba el corazón a la gente con una trompeta extraordinaria.

Jim la dejó en la puerta de su casa y se alejó. Muriel buscó la llave en su bolso para abrir.

No había visto acercarse al automóvil. Tan silenciosamente lo hizo. La primera noticia que tuvo fue cuando vio a los dos hombres a su lado. Un poco más allá, el coche, con la portezuela trasera abierta.

El corazón se le subió a la boca de un salto. Supo que había novedades cuando les vio la cara.

—Entre.

Muriel abrió la boca para gritar, cuando algo afilado entró en contacto con su costado. Algo que le llegaba a la carne a través de la ropa.

—Si grita, lo va a sentir.

Alguien, desde dentro del coche, dijo:

—Vamos, doctora, entre. No le va a ocurrir nada. Sólo queremos charlar con usted.

El cuchillo acentuó su presión. Y Muriel comprendió que estaban diciendo la verdad. Si chillaba, el cuchillo penetraría en sus carnes como en una pella de manteca.

El otro hombre, que había hablado, la empujó con la cadera hacia el coche. Un momento después estaba dentro.

El corazón le brincaba dentro del pecho.

«Estás soñando» —se dijo una y otra vez mientras respiraba profundamente para calmar los latidos del corazón—. «Tienes que estar soñando. Todo esto es una pesadilla…».

Pero sabía que no lo era. No, no era una pesadilla. De nuevo habían vuelto aquellos hombres u otros, lo mismo daba y…

El coche emprendió la marcha, silenciosamente.

—¿Dónde me llevan?

—Donde podamos charlar —dijo el hombre que iba junto al conductor—. No se preocupe. No pensamos hacerle daño. Sólo hablar un poco con usted, doctora Hyer.

Muriel iba a hablar, pero cerró la boca. El coche rodaba por Lafayette, y dobló la primera esquina. Entonces, uno de los hombres sacó algo del bolsillo.

—Le vamos a vendar los ojos, doctora. No queremos que sepa dónde vamos, pero le repito que no le va a ocurrir nada. No se asuste.

—¡No me toquen…!

Pero ya uno de los hombres le sujetaba los brazos mientras el otro le colocaba el pañuelo ante los ojos. Muriel cerró la boca y apretó los labios. No la oirían quejarse.

El coche estuvo rodando casi media hora. Muriel sentía cuando daban un viraje, y lo hicieron numerosas veces. Por fin, se detuvieron.

—Baje.

La hicieron cruzar por sobre gravilla y al poco, sintió el calor de una habitación cerrada. Le quitaron el pañuelo.

Estaba en un cuarto iluminado por luces indirectas. Había sillones, butacas bajas y cojines por todas partes. Cuadros en las paredes, y una mesa en un ángulo oscurecido. Sobre la mesa, un flexo vuelto hacia ella. Adivinó que sentado tras de la mesa había alguien.

Se volvió. Junto a ella estaban los dos hombres altos que habían viajado con ella en el interior del coche, y el que hablara desde el baquet. Los dos primeros desaparecieron a una seña del tercero.

Éste era un hombre de baja estatura, más bien grueso, de carrillos colgantes y lentes montados al aire, que brillaban a la luz. Iba bien vestido.

—Siéntese, doctora —dijo—. Aquí.

Le señalaba una butaca baja. Muriel se dejó caer en ella.

—Y ahora, espero que alguien me diga el porqué de esta farsa.

—¿Farsa? Mi querida doctora, no es ninguna farsa. Simplemente, quiero… queremos hablar con usted.

—Y, ¿no podían haberlo hecho en mi casa?

—Pues… no. Más bien, no.

De detrás de la mesa partió una voz. Una voz ronca, y baja.

—Se acabaron las amenidades, doctora. ¿Dónde está lo que Gore le dio?

—No me dio nada. De manera que ustedes son…

—Dejemos por un momento quiénes somos. Responda a mis preguntas. Tenemos medios de hacerle hablar.

—Y yo les digo que nadie me dio nada. Ya se lo he dicho: Nada.

Hubo un silencio. El hombrecillo de lentes carraspeó.

—Doctora… quiero que quede bien aclarada una cosa. Necesitamos lo que Gore le dio, y estamos dispuestos a conseguirlo. Usted misma puede poner el precio.

—¿Precio? ¿Quieren decir que desearían comprarlo?

—Sí. Pero lo obtendremos a cualquier precio. Bien pagando por ello, o bien… consiguiéndolo de alguna otra manera. ¿Comprende? Que quede bien aclarado.

—Por mí… Es inútil. Completamente inútil. No lo tengo. No tengo nada porque nada me dieron. ¿Les basta?

—No —dijo la voz detrás de la mesa—. Sabemos que Gore llevaba consigo algo cuando fue a verla.

—No lo sé. Sólo que estaba a punto de morirse.

—Ojalá se hubiera muerto. Pero él lo llevaba. Lo sabemos.

—¿Qué?

—Lo que… sea.

—No llevaba nada en las manos.

—¿Insiste usted? Doctora, podemos retenerla aquí hasta que nos lo entregue.

—No puedo entregarles lo que no tengo.

Estaba comenzando a enfurecerse.

—¿Por qué no se lo piden al propio Gore? ¿Es que no saben dónde está o es que le tienen miedo?

El hombrecillo de los lentes palideció. Detrás de la mesa se oyó

revolverse algo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó la voz ronca.

—He dicho que si es que le tienen miedo. Al parecer, alguien que lo buscaba no lo hará más.

Hubo un helado silencio. Luego, la voz ronca, dijo trabajosamente.

—Doctora, usted está jugando con fuego. Y maldición, se va a quemar. ¡Se va a quemar, le digo y sólo usted tendrá la culpa!

CAPÍTULO V

—Palabra que no tengo ni la menor idea, Jinny.

—Pero tiene que haberse metido en algún lado, ¿no? Jim, ¿no me oyes?

Jim Alton estaba pensando. Cogió un cigarrillo y lo encendió. Se hallaba en el locutorio del hospital, y acababa de terminar una intervención. No había podido ni quitarse la blusa.

—Escucha, Jinny, ¿para qué la querías?

—Pues… en cierto modo es un secreto.

—Vamos, Jinny, por el amor de Dios, no me vengas ahora con eso. ¿Qué diablos te había pedido Muriel?

—Pues… verás. Ya sé que Muriel me odiará por esto, pero si lleva dos días escondida o por ahí… Jim, no sé sí…

La voz del médico tomó un carácter de urgencia casi salvaje.

—¡Jinny!

—Está bien, está bien. Me pidió… no te rías.

—¡Jinny!

—Me pidió que le investigase unas huellas dactilares en un vaso.

—¿Unas qué?

—Unas huellas dactilares. Quería saber a quién pertenecían.

—Jinny, si me estás gastando una maldita broma…

—Palabra que no Jim. Eso fue lo que me pidió.

—¿Y tú lo has hecho?

—Bien, Alois no ha querido decírmelo. Por el contrario, quiere hablar con Muriel.

—Jinny —la voz de Alton era ahora seca—. ¿Quién es Alois?

—Pues un amigo. Un policía. No ha querido decirme a quien pertenecían las huellas, pero quiere hablar con Muriel.

—Jinny, corta. Tengo que hacer una llamada. Y si sabes algo acerca de Muriel, te ruego que me lo hagas saber. ¿Entiendes? No es lógico en Muriel abandonar su consulta, dejar a sus pacientes y

desaparecer. No es lógico. Ha debido sucederle algo. Cuelga, por favor.

Tan pronto como tuvo la línea libre, llamó al teniente Belsam.

—¿Alton? Quería hablar contigo, precisamente. Estaba por llamarte.

—¿Por qué?

—¿Podemos vernos?

—Escucha, Belsam, yo también quiero decirte algo…

—Nos vemos, ¿quieres?

Fred Belsam era alto, de anchos hombros y llevaba las ropas con descuidada elegancia. Sus ojos eran tal como los describió Muriel. Azules y fríos. Solamente aquellos que lo conocían bien sabían que las pupilas claras podían encenderse con cálidos resplandores.

—Alton, ¿dónde está la doctora Hyer? He estado tratando de comunicarme con ella.

—No tengo ni la menor idea. Fred, espera un poco…

—Espera un poco tú. ¿Qué diablos significa lo que le dio a Jinny? Unas huellas en un vaso.

—Me he enterado hace una hora. Jinny no me había dicho nada.

Alton estaba nervioso. Sus manos casi partieron en dos el cigarrillo que estaba fumando.

—Fred, por el amor de Dios…

—Espera. Quiero hablar con la doctora Hyer. —Yo también.

—¿Quieres decir que no sabes dónde está?

—Así es. Desde hace unos días.

Fred Belsam permaneció un momento en silencio.

—¿Seguro?

—Vamos, claro que sí. Seguro. Quiero saberlo yo también. Te llamé para decirte que me temo que haya… desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Quieres decir que se ha marchado a algún sitio?

La voz de Belsam sonaba de una manera rara. Alton se dio cuenta.

—Un momento, Fred. Tú me ibas a llamar. ¿Por qué?

—Muy sencillo. Quiero saber por qué la doctora Hyer tenía en su poder un vaso con unas huellas digitales y por qué quiso que se las investigasen.

—¿Eso hizo?

Alton sintió un súbito dolor de cabeza.

—Eso mismo, Jim.

—No lo entiendo…

—Ella se las dio a Jinny, porque esta sale con un agente mío. Mi agente lo hizo. Bueno, ya le eché una buena bronca por prestarse a ese jueguecito, pero eso es aparte. El caso es que nosotros tenemos esas huellas en nuestros archivos.

Alton encendió un cigarrillo tras de tragarse un par de aspirinas.

—Y…

—Y, simplemente, quiero saber cómo tenía la doctora esas huellas en un vaso.

—¿De quién son, Fred?

—Escucha, Jim, sé que puedo tener confianza en ti.

—Sigue, Fred.

—Pues bien, esas huellas pertenecen a un tipo muy escurridizo y… muy peligroso.

—¿Quién es, Fred?

La voz de Alton sonaba seca, como un trallazo.

—A un tal Gore. Cuando mi agente lo vio, se vino corriendo a mí y me lo explicó todo. Veamos, Jim. ¿Cómo piensas tú que…?

—No tengo ni idea, Fred.

—Pero tú eres su prometido…

—No lo soy. Aún no, aunque lo espero, pero no lo soy. Hay cosas que Muriel no me dice ni a mí. Es libre, tú sabes.

—Pero algo habrás podido advertir en ella en los últimos días.

Alton estaba pensando rápidamente.

—Fred, te diré una cosa. Tal vez no tenga que ver con eso, pero allá va.

Y le contó la historia de la operación de Jones. Cuando acabó, Fred estaba pensativo.

—Jim —dijo—. ¿Cómo es ese Jones?

Alton lo describió rápidamente. Belsam asintió.

—Comprendo. Sí, es el mismo.

—¿Quién, Fred? Sé cómo es, pero no quién.

—Gore es un «torpedo». Uno de los más peligrosos «torpedos» que existen.

—¿Un qué?

—Un pistolero, si lo quieres. Un killer, un asesino.

Alton se puso pálido.

—¿Y crees que haya podido… hacer algo con Muriel?

—No lo sé. Espero que no. Por lo pronto, vamos a buscarla. Ven.

Se pusieron en pie y entraron en el coche.

Cuando llegaron a la consulta de Muriel, encontraron en ella a la enfermera. Parecía exasperada.

—Me están asaltando —dijo—. La doctora no tiene muchos enfermos, pero algunos de ellos no andan muy bien.

—Envíelos al hospital. Los atenderemos al mismo precio que la doctora Hyer —respondió rápidamente Alton—. ¿Tiene usted llave de la vivienda?

—Por supuesto que no.

—Eso no importa —intercaló Belsam.

Cuando llegaron al piso alto, sacó una ganzúa de su bolsillo y en un momento abrió la puerta, hurgando en su doble cerradura.

Alton pasó como una flecha por su lado. Un momento después habían registrado el piso.

—¿Dónde puede haber ido? —preguntó tragando saliva.

—¿Es limpia? —preguntó Belsam.

—¿Cómo? ¿Qué tiene que ver…? —Se detuvo. Fred estaba pasando el dedo sobre la superficie de la mesa—. Sí, lo es mucho.

—Estamos en invierno y las ventanas han estado cerradas. Sin embargo, observa esto: polvo. Falta de aquí desde hace un par de días, parece…

—Bueno, eso ya lo sé. El teléfono no respondió cuando yo llamé, y lo he hecho varias veces.

Se quedó parado.

—Cuando la dejé, hace dos noches, la llamé poco después. No respondió, pero pensé que era porque se había acostado ya. ¡Fred, hay que buscarla!

—Lo vamos a hacer, Jim. Tranquilízate.

Se había apoderado del teléfono y estaba dando órdenes.

—Yo mismo presentaré la denuncia de desaparición —dijo cuando terminó de hablar—. Todo puede ser que se haya largado por ahí a pasarse unas pequeñas vacaciones.

—No la conoces. Es demasiado responsable. Cuando ha tenido que ausentarse, siempre se ha puesto en contacto con algún colega para que le pase la consulta. No, Fred, algo le impide… Y no quiero

pensar en lo que sea. Ese hombre… Fred, tienes que hablarme de él.

—Gore es un asesino profesional. Un hombre que mata por encargo.

—¡No sé ni de lo que me estás hablando! Si lo sabéis, ¿por qué no lo ponéis en la silla eléctrica?

Fred sonrió torcidamente.

—Simplemente, porque no tenemos pruebas, Jim. No hay pruebas. Lo hace con una… digamos limpieza extraordinaria, y siempre puede presentar coartadas firmes como una roca. Siempre.

—Pero vosotros… lo sabéis, lo conocéis, tenéis sus huellas dactilares… ¿Qué es lo que necesitáis, demonios? ¿Cogerlo en el momento en que aprieta el gatillo?

—Poco más o menos, sí. Más tarde o más temprano, un día le pondremos la mano en el hombro, pero hasta ahora…

Hizo chasquear sus dedos.

—Nada. Por cierto, ¿qué diablos hacía Gore aquí en la ciudad? Casi siempre las sospechas que tenemos lo sitúan más al este, en San Luis, y en ciertas ocasiones en Nueva York o Chicago. Pero aquí…

Hizo un gesto.

—Tengo que telegrafiar. Vamos, vente conmigo. Mis hombres llegarán dentro de poco para peinar la casa y buscar alguna pista.

Lo llevó a la jefatura y allí le enseñó una serie de fichas.

—Éste —dijo Alton eligiendo entre varias, y sin vacilar. Belsam asintió.

—El mismo.

Cogió el teléfono y dijo:

—Carlson, haga circular una noticia entre los «cuclillos». Necesito saber si alguno de ellos ha visto a Gore o sabe dónde está.

Colgó.

—Si se ha dejado ver en algún sitio, algún «oído» nos lo dirá. Al menos —añadió—, eso espero.

—Todo eso está muy bien —respondió Alton—, pero ¿qué hay de Muriel?

—Ya está dada la orden de búsqueda, Jim.

Se puso en pie y le colocó una mano en el hombro.

—Haremos todo lo que podamos, Jim, al menos estarás seguro de eso, ¿no?

Jim masticaba como si tuviera chicle en la boca.

—Sí —dijo—. De eso estoy seguro, Fred.

Muriel se despertó sobresaltada. Se había dormido después de intentar por todos los medios permanecer despierta, pero la juventud y su robusta salud habían vencido al fin.

Se incorporó, consciente de todo lo que había ocurrido el día anterior. Estaba en una cama bastante buena, y en una habitación casi vacía, y por supuesto sin ningún detalle revelador de quién la había ocupado antes.

Recordaba perfectamente lo ocurrido el día anterior. Las preguntas, seguidas, como disparadas por una ametralladora, sus respuestas, forzosamente vagas y la cara del hombre de los lentes montados al aire.

Y en un rincón, el tipo al cual no había visto, pero que también preguntaba insistentemente.

La habitación no tenía ventanas. Una luz ardía en el techo. Muriel se había dormido vestida. Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

Estaba cerrada. Golpeó con ambos puños y no habían transcurrido treinta segundos, cuando la hoja se abrió.

Uno de los tipos que la habían metido en el automóvil, estaba ante ella.

—¿Hasta cuándo piensan tenerme aquí? —preguntó Muriel secamente.

—No lo sé, *miss*. Ya se lo dirán.

—Quiero ver a… ese hombre con el que hablé.

—Lo verá enseguida. Por el momento, tranquila, ¿quiere?

—¿Y si no quisiera?

—Pues… la encerraría. Ésas son mis órdenes, *miss*.

—Necesito bañarme.

—Pronto.

Cerró la puerta y fue inútil que ella llamase. Hasta media hora después no volvió a abrirse. Una mujer estaba en el umbral.

Era joven aún, y de atractivo cuerpo, aunque algo de grasa comenzaba a insinuarse en sus curvas. Tenía el pelo teñido de rubio y los ojos muy pintados.

—El baño está preparado, doctora.

El baño se podía cerrar por dentro, lo cual la tranquilizó. Se bañó, y se vistió. Cuando abrió, la mujer estaba esperando en el corredor.

—¿Mi desayuno?

—Enseguida. Venga conmigo.

La precedió hasta una gran cocina, donde tomó cereales, café y dulce. Cuando acabó, se volvió a la mujer.

—¿Y ahora?

—Ahora, esperar.

No por mucho tiempo. El hombre de los lentes montados al aire, apareció, meticulosamente vestido.

—Bien, doctora, ¿ha pensado ya lo que nos va a decir?

—En primer lugar, ¿cuánto tiempo piensan tenerme aquí?

—Pues… digamos que hasta que conteste a nuestras preguntas.

Muriel hizo un cansado gesto con la mano.

—Ya se lo he dicho. No sé dónde está Gore. No me dio nada. Y de ahí no me sacarán.

—Mire, doctora. Nuestra paciencia tiene un límite.

—La mía también. Si no aparezco por mi consulta, alguien dará cuenta a la policía, y ésta comenzará a buscarme. ¿Cuánto tiempo cree que tardarán en encontrarme?

—No lo sé. Bastante, supongo. Y ahora, por favor, trate de colaborar.

—Ya lo ha oído.

—Le prevengo que su… encierro podría prolongarse casi indefinidamente.

—No me haga reír.

Pero no sentía deseo alguno de reír. Comenzaba a alarmarse de nuevo.

—Pero, vamos a ver si no jugamos al escondite. ¿Qué diablos creen ustedes que Gore dejó en mi consultorio?

—Un papel.

—¿Qué contendría ese papel, según ustedes?

—Pues… eso es algo que me reservo, naturalmente. Usted, doctora, denos la más pequeña pista. Nosotros haremos el resto.

Muriel levantó la mirada y la fijó en el hombre.

Y entonces cometió un error.

—¿No le temen a Gore? Parece ser bastante capaz de hacer

daño, ¿no?

Los ojos del hombre se oscurecieron tras los lentes.

—¿Qué es lo que cree usted que está diciendo? ¿Qué trata de insinuar?

Muriel ya no podía volverse atrás.

—Hablé con un hombre que parecía bastante atemorizado por Gore. Yo diría que muy atemorizado.

—No sabe lo que está diciendo.

—Por el contrario, lo sé muy bien.

—Doctora, usted debería darse cuenta de qué no estamos jugando.

—Y Gore, ¿está jugando?

El hombre la contempló durante unos instantes, pensativamente.

—¿Tiene usted muchos amigos?

—Algunos, ¿por qué?

—Porque… sería muy lamentable que no pudieran volver a verla.

—¿Qué diablos quiere decir?

—Eso mismo. Que si usted continúa por ese camino, sus amigos podrían verse privados de su agradable presencia… indefinidamente.

Algo desagradable se insinuó en la boca del estómago de Muriel.

—¿Es una amenaza?

—Es, desgraciadamente, una triste realidad. No podemos permitir que usted se burle de nosotros.

Muriel comprendió que sus palabras habían dado en el blanco.

—Bien, míster… como se llame. No tengo nada más que decir.

—Vuelva a su habitación.

Hizo una seña a la otra mujer, y ésta cogió a Muriel del brazo.

La encerró y comenzó una espera que se prolongó durante dos días. Afortunadamente había dado cuerda al reloj, por lo cual pudo comprobar el paso de las horas, mientras se consumía de impaciencia y de temor. Aquello era algo que se podía leer en los periódicos con frecuencia, pero, que le ocurriese a ella…

Eran las nueve de la noche cuando el hombre de los lentes montados al aire apareció de nuevo, acompañado de la mujer.

—Venga.

Bajó por una amplia escalera y entró de nuevo en el cuarto en el

que le habían recibido cuando llegó. El flexo seguía iluminándola a ella. Y detrás de la mesa, algo se movía.

—Bien, nuestra paciencia se ha acabado, doctora —dijo el hombrecillo—. ¿Nos va a responder, sí o no?

—Ya se lo dije: No tengo nada que decir.

El corazón le latía apresuradamente, pero procuró que su voz sonase lo más firme posible.

—Doctora —dijo la voz velada detrás del flexo—, no voy a amenazarla más. Contesta ahora o se atiene a las consecuencias.

—¿No va siendo un poco cansado esto?

—¿Se niega?

Un teléfono sonó antes de que Muriel pudiera contestar. El hombrecillo se dirigió hacia la mesa y cogió el aparato.

—¿Quién? ¿Qué?

Su cara se puso cenicienta, según se retiraba de ella el color. Su mano tembló perceptiblemente. Luego, se volvió hacia el hombre oculto en la sombra.

—Es… él —dijo.

Y entonces, Muriel vio al hombre por primera vez. Como si no quisiera ocultarse ya, apareció ante la luz, al ponerse en pie y dar la vuelta al flexo. Era alto, delgado y de pelo oscuro fijado al cráneo y brillante. Había bastantes canas en él.

Arrancó el teléfono de las manos del otro.

—¡Gore! —aulló—. Quiero verte.

Escuchó.

—No, te digo que no. Podemos hacerlo en cualquier lugar que tú elijas, pero tengo que verte. Éste… sí, está aquí.

Escuchó de nuevo, con los ojos clavados en Muriel.

—No le ha ocurrido nada, y nada le ocurrirá si tú me das el papel y te marchas de aquí.

Fue un error, te repito. Un error que yo soy el primero en lamentar, pero no nos has dejado siquiera explicarnos. Escucha, Gore…

Su voz se hizo persuasiva, pero Muriel que le veía los ojos, podía leer en ellos el asesinato.

—Escucha, Gore. Te lo explicaré todo de palabra. No le ha ocurrido nada, repito. No le hemos… puesto la mano encima, pero comprende que debíamos guardarnos. Tú te ocultabas y no

sabíamos cómo encontrarte… ¿Dónde? Bueno, si quieres…

Volvió a escuchar.

—De acuerdo, Gore. Ella irá conmigo.

Escuchó aún un poco de tiempo. Luego, dijo:

—De acuerdo, Gore. De acuerdo. No faltaremos.

Y colgó.

—Ese maldito…

Y pronunció una chaparrada de palabras. Muriel había oído blasfemar y jurar en muchos tonos, pero aquella explosión de obscenidades le hizo parpadear. Luego, los ojos negros se fijaron en los suyos.

—Su amiguito…

Hizo una profunda aspiración.

—Quiere verla. Y por Dios vivo, que la va a ver. Y usted le va a decir que no la hemos molestado.

—¿No? —preguntó Muriel frunciendo una ceja.

—¡No! Lo sabe bien. La hemos tratado bien, ¿no? ¿La hemos molestado?

—Salvo traerme aquí contra mi voluntad, no.

—Pues entonces… ¡Lena!

—Vendrás con nosotros… vendrás conmigo. Vas a ver a tu antiguo amiguito Gore.

La mujer hizo un gesto.

—¿Me has oído? Tú, llévate a la doctora.

El hombrecillo cogió a Muriel del brazo y la sacó de la habitación.

—¿Qué piensan hacer, tenderle una trampa a Gore? —preguntó Muriel.

—A Gore no se le tienden trampas, doctora. Es él quien… pero eso no importa.

Se volvió hacia ella.

—Usted le dirá la verdad, ¿no?

—Sí.

—Pero… la verdad. Sólo eso.

—¿Por qué? —pronunció lentamente Muriel—. ¿Por qué le tienen tanto miedo?

—¿Yo? ¿Miedo? Usted…

—Miedo.

Un tic nervioso contraía la comisura de la boca del hombre.

—Gore es un… es peligroso.

—¿Y ese papel? ¿Ya no lo buscan?

—No… pero eso no le importa. Usted dígale la verdad, ¿eh? Sólo la verdad.

Y la puerta se abrió.

CAPÍTULO VI

Jim Alton fumaba nerviosamente. Belsam lo contemplaba, fumando también.

—Pero ¿es posible que alguien pueda desaparecer de esa manera? —dijo el médico.

—Lo es, a veces. Hemos hecho todo lo posible, lo sabes, ¿no, Jim? Se ha peinado la ciudad, pero los soplones no han dado señales de vida.

Estaban en el despacho de Belsam. Alton hizo un gesto.

—¡Soplones! Fred…

—No te puedes imaginar lo útiles que son a veces.

El intercomunicador carraspeó. Belsam alzó la palanca.

—Hay alguien que quiere hablar con usted, teniente.

Es sobre la doctora.

Jim dio un salto. Fred alzó una mano en el aire.

—Quieto, muchacho. Que pase.

Un policía de facción apareció, acompañado de un hombre bajito, vestido con ropas muy usadas, y con la nariz encarnada del borracho habitual.

—Hola, teniente.

—Chuck se ha empeñado en que lo llevase a la comisaría —dijo el policía.

Fred miró al hombre.

—Sí, Chuck.

—Teniente —dijo el hombrecillo—. Lo que le voy a decir, ¿vale diez pavos?

—No lo sé.

—Lo vale —dijo Jim interviniendo.

—Un momento, Jim, eso es cosa nuestra. Chuck, ¿qué sabes?

—No es mucho, teniente. Pero me hice detener para que no sospechase nadie. Ustedes buscan a una mujer, ¿no?

—Sí.

—He oído decir que hay una… que han cogido a una los muchachos.

—¿Qué muchachos?

—Los de Rigel.

—¿Por qué?

—Eso sí que no lo sé, teniente. Sólo eso, que han cogido una mujer, pero tampoco dónde la tienen. Sólo eso. ¿No vale diez pavos?

—Escucha, Chuck, siempre te hemos tratado bien, ¿no? Si hay algo que sepas, dilo.

—Pero si sólo es eso, teniente. Solo. Tienen una mujer. Lo he oído decir. Y ya sabe cómo son los muchachos de Rigel, ¿no? Me expongo mucho.

—¿No tienes ni idea de dónde pueda estar?

—No, y lo he intentado. Pero tienen una mujer, teniente.

—Está bien. Te tendremos toda la noche en la comisaría. ¿Alguien lo vio traerlo aquí, agente?

—No, teniente. Nadie. Lo hemos traído en un coche cerrado.

—Está bien. Llévenselo. Y mañana, Chuck, procura enterarte de algo más.

El hombre salió. Jim se volvió al teniente.

—Pero ¿quieres decir que no vas a intentar sacarle más…?

—Si Chuck dice que no sabe más, es inútil.

—¡Puedo ofrecerle dinero…!

—Puedes, pero te mentiría. No sabe nada más. Así que Rigel…

—¿Quién es ese Rigel? Fred, en este momento, Muriel puede estar…

—Escúchame bien. Si han cogido a la doctora Hyer no ha sido para hacerle daño, Jim. Probablemente no. Los conozco. Rigel es un pandillero de menor cuantía. Suele trabajar para peces gordos.

—Bueno, ahora sabes quién ha sido, Fred. ¿Qué diablos piensas hacer?

Fred bajó el intercomunicador.

—Llamen al sargento Quch.

Quch era un tipo alto y delgado, de mandíbula cuadrada.

—Quch, ¿qué sabe usted de Rigel en este momento?

—¿Rigel? No anda ocupado en nada importante, que yo sepa. Lo

último que hizo fue reducir dinero falso. Los muchachos del Tesoro estuvieron a punto de pescarlo con las manos en la masa, pero al final se coló por algún agujero.

—Me refiero a ahora, en este momento.

Quch se rascó la mandíbula.

—Inverna.

—¿Dónde?

—Aquí, en la ciudad. Tiene una casa en Proctor, cerca del río.

—Lo sé. ¿Está allí?

—Allí, en los billares de Papirosh.

—Quch, esto es importante: Cómo podríamos saber si ha hecho algo… Si ha raptado a una mujer.

—Se hubiera sabido, teniente.

—No. Pero tengo sospechas de que lo ha hecho.

—Bueno, podríamos dar una batida.

—No.

Jim se adelantó.

—¿Dónde puedo ver a ese tipo?

Quch seguía rascándose la barbilla.

—Teniente, se refieren a la doctora, ¿no? Hyer, creo que se llama.

—Sí.

—Si cualquiera de nosotros lo intenta, y es cierto que Riger la tiene, correremos el peligro de que escapen. Rigel nos conoce a todos los policías de la ciudad.

—A mí, no —respondió Alton agresivamente.

Los dos policías lo miraron.

—Es posible —dijo Quch—. Sí, teniente, es muy posible. Yo al menos lo veo así. Pero habría que vigilar al doctor.

—Por supuesto, Jim. Papirosh es un griego que tiene unos billares en Proctor. Aquello es una especie de agencia de contratación para todos los maleantes que buscan trabajo. Pero es peligroso.

—No me importa, Fred. Lo haré.

—Quch, ¿sabe usted algo de Gore?

—No, señor. Nadie habla de él. ¿Cree que tiene algo que ver con el asunto?

—¿No sabe dónde está?

—No.

Fred hizo un gesto de desaliento.

—Es como una pared. Gore esta aquí, Quch, pero no sabemos dónde. Y Chuck dice que Rigel ha cogido a la doctora. Y todo esto, maldita sea, está concatenado.

Y quisiera que alguien me dijera cómo…

Se interrumpió. Sus ojos brillaban. Quch alzó la cabeza. Conocía bien a su jefe.

—Quch, atienda un momento. La doctora ha estado con Gore. Tenía sus huellas dactilares en un vaso.

Y ella ha desaparecido, y según Chuck la tiene Rigel. ¿Qué saca de eso?

—Rigel anda detrás de Gore, teniente. Así es como lo enfoco yo. Pero Rigel jamás se atrevería a meterse con un tipo como Gore…

—Hay alguien detrás de ellos, Quch. Alguien y de peso. Pregunte a coordinación si hay noticias de que el sindicato, se haya movido en estos últimos tiempos. En el Gobierno deben saberlo.

—Sí, señor.

Quch partió a la carrera. Jim se volvió a Belsam.

—¿Puedes explicarme ese galimatías? Recuerda que yo no estoy dentro.

Fred sopesó las palabras según las iba pronunciando lentamente.

—Jim, el «sindicato» es… eso, el «sindicato». La «mafia». La «mano negra», como quieras llamarla. La «cosa nostra». Esos nombres sí te dirán algo.

—Sí. Pero ¿qué tiene que ver Muriel con todo eso?

—No lo sé. Ella ha conocido a Gore. Y Gore es uno de los pistoleros del «sindicato». Y está aquí. Gore no se desplaza desde tan lejos si no es cumpliendo alguna misión del «sindicato». Eso quiere decir que hay alguien que ha solicitado sus servicios.

Se quedó un momento callado.

—Alguien… gordo, Jim. Y por las razones que sean, alguien ha querido sacar a Muriel de la circulación. Oh, no temo que le ocurra nada.

—¡Pues yo sí, Fred, y voy a ir a ese lugar para tratar de enterarme!

Belsam estaba meditando.

—Conforme, Jim, pero… te guardaremos la espalda. No quiero

que… bueno, no quiero que pueda ocurrirte nada. Espera un poco a que venga Quch.

Lo hizo al cabo de un rato. Sus ojos brillaban.

—Teniente, me dicen de coordinación que tienen algunas noticias sobre el «sindicato», aquí. Al parecer, uno de los contadores fue cogido en falta. Había falsificado los libros, o copiado un libro, no lo saben bien. Y eso, según ellos…

—Eso se paga con la pelleja, lo sé. ¿Quién?

—Me darán respuesta dentro de un par de horas. Los agentes del Tesoro habían entrado en contacto con ese contador, pero aún no quieren soltar prenda. ¿Insisto?

—Hágalo, Quch. Y rápido. Otra cosa. ¿Podemos disponer de algún detector de pequeña frecuencia?

—Hay uno libre.

—Tráigalo.

Quch apareció al cabo de un momento con un pequeño aparatito no mayor que un paquete de cigarrillos.

—Jim, tendrás que llevar esto. Supongo que habrás oído hablar de ellos, ¿no? Emiten a una frecuencia determinada, que nosotros podemos captar. Si lo llevas dentro de un paquete de cigarrillos, nosotros podremos seguirte donde quiera que vayas. Sólo tienes que apretar este botón, y nosotros sabremos en todo momento dónde estás. Quch, diga que preparen el camión escucha.

—Sí, señor.

Jim se guardó el objeto en el bolsillo.

—No, ahí, no.

Belsam vació un paquete de cigarrillos y metió dentro el detector.

—Así, ¿ves? Aún caben varios cigarrillos. Y… no cometas imprudencias, Jim.

—Seguro… si no es necesario.

—Estaremos a la escucha. Tan pronto como llegues a los billares de Papirosh, ponlo en funcionamiento.

Se estrecharon la mano y Jim Alton salió de la jefatura.

El coche se detuvo. Muriel intentó mirar por la ventanilla, pero ésta estaba empañada debido a la calefacción. No obstante, pudo ver una luz que brillaba en las negruras de fuera.

El hombre de los lentes montados al aire, se revolvió en el

asiento.

—¿Bajamos?

—Espera.

El hombre del pelo gris iba junto al chófer. Abrió la portezuela de su lado y salió.

—Ya.

Bajaron. Estaban en una callejuela mal iluminada. Una solitaria luz ardía encima de una puerta.

Mira si hay alguien.

—Nadie.

—Vamos, doctora.

La puerta se había abierto. El hombre de los lentes montados al aire empujó ligeramente a Muriel.

Ésta entró. Un corredor largo, en cuyas paredes se amontonaban cajas de botellas, e iluminado por una bombilla colgando de un cable.

Una puerta, otro corredor, y por fin una habitación cuadrada, que olía a alcohol. Un hombre se puso da pie al entrar ellos. Había estado sentado en un taburete ante una mesa.

—Esperen aquí. ¿Hay alguien fuera?

—Otro en el coche —dijo el hombre al que Muriel había visto aquella noche por primera vez, el que tenía el pelo gris.

—No entrará.

—Conforme. ¿Dónde está…?

El hombre que había estado sentado era increíblemente gordo. Un pelo ralo se pegaba a su cráneo.

—Escuche —dijo—, usted sabe las condiciones para reunirse aquí.

—Sí, Tony.

—Denme las pistolas.

Se las dieron. Muriel asistía asombrada a la escena.

—Hasta dos horas de haber salido de aquí tendrán que respetar la tregua.

—Lo sabemos, Tony —repitió el hombre de pelo gris.

—Y mientras estén aquí, sólo hablarán. Nada más que hablar.

—De acuerdo, Tony.

—Bien, entonces…

Se dirigió a la puerta y la abrió. Un hombre apareció en el

umbral. Y Muriel lo reconoció al momento.

Gore se dirigió rectamente a ella, sin mirar siquiera a los otros dos hombres.

—¿Está bien, doctora?

—Sí. Pero quiero que me dejen salir de aquí. Ya ha durado bastante esta payasada.

—¿No le han molestado?

—Si se exceptúa que me han raptado, no —respondió ella acremente—. Y si se exceptúa que en estos momentos quizás esté buscándome la policía, no.

Gore sonrió.

—No tardará mucho en poder marcharse a casa, doctora.

Se volvió a los otros dos.

—Y ahora, que se vaya la doctora.

—No, Gore —dijo el hombre del cabello gris—. Que espere fuera.

Gore entornó los ojos.

—En ese caso, no hay trato.

—Pero ella…

—No hay trato. Tony, toma nota de que no quiero trato ni tregua.

—Sí —dijo el gordo Tony—. Tomo nota.

El hombre del pelo gris se limpió la frente con un pañuelo.

—Gore —dijo—. Lo que tenemos que hablar es… confidencial.

—Eso mismo es lo que pienso yo, Rushmore.

—¡Sin nombres!

—Con nombres, ya que tú utilizas el mío. Y ahora, siéntate. Doctora, le voy a pedir una cosa. Nada de lo que ha oído usted aquí debe repetirlo en ninguna parte. ¿Comprende? Nada. A partir de ahora…

Lanzó una mirada de reojo a los otros.

—Tony, ¿puede esperar la doctora en algún sitio?

—Por cierto que sí, Max. Puede. Venga, doctora.

Muriel dio una palmada en la mesa. Sonó como un disparo y Rushmore se sobresaltó violentamente.

—¡Quiero salir inmediatamente de aquí, míster Gore!

—Enseguida, doctora. Enseguida.

Tony la cogió del brazo sin familiaridad, pero con fuerza.

—Venga, doctora. Está usted bajo mi protección. No tiene nada que temer.

Y Muriel lo siguió.

La llevó a una habitación pequeña en la que había un camastro. Olía poderosamente a pies, tanto que sintió que el estómago se le revolvía.

—¿Quiere tomar algo, doctora?

—No.

—Espere aquí.

Y salió. Muriel oyó el débil chasquido de una cerradura bien engrasada.

Y esperó.

No podía hacer otra cosa.

Habría pasado una hora cuando Tony volvió a entrar.

—Venga, doctora. Por cierto, ¿podría darme algo para unos dolores de cabeza que me están medio matando?

Muriel estaba a punto de mandarlo al diablo, pero apretó los dientes.

Alzó la mano y le señaló la nuca.

—¿Le duele aquí?

—Por cierto. ¿Cómo lo sabe?

—Es muy sencillo. Haga que le tomen la presión arterial. Y… coma menos.

—Por Dios, comer menos. Pero si como poco me moriré.

—Se asombraría si le dijese con qué poco puede mantenerse una persona. Y ahora…

—Ahora vamos a ver a ese muchacho. Doctora. Usted no ha estado nunca aquí.

—Por cierto —le remedó Muriel.

—Eso es serio, doctora. Si dice algo a alguien, podrían venirle disgustos y nadie los quiere para usted.

—¿Sí? ¿Qué me ocurrirá?

—Pues… puede ser cualquier cosa. No lo diga a nadie.

—Está bien. ¡Está bien! ¿Dónde está Gore?

—Y olvide también ese nombre. Todos los nombres, doctora.

La cogió del brazo y la precedió.

CAPÍTULO VII

Gore la esperaba en la puerta.

—Puede irse, doctora —dijo.

Tanto el hombre del pelo gris como el de los lentes… habían desaparecido.

—La llevaré.

—¿Dónde?

—A su casa.

—Un momento.

—¿Sí?

—¿Qué ha ocurrido?

—Pues…

Gore sonrió.

—He llegado a una transacción con ellos. Una delicada transacción, ya lo creo.

Echó a andar hasta encontrarse ambos en la calle.

Un automóvil se acercó silenciosamente.

—Entre, doctora.

Ella pasó.

—¿A mi casa?

—Sí. Pero antes, si quiere la invito a una copa.

—Tengo ganas de darme un baño y de olvidarme de toda esta payasada.

—Yo lo llamaría de cualquier manera, menos payasada, doctora. Todo menos eso. Esos hombres son muy peligrosos. Tú, puedes marcharte. Conduciré yo.

El hombre que ocupaba el volante se apeó y desapareció entre la niebla.

Gore se puso al volante.

Mientras guiaba lentamente, dijo:

—Doctora, ¿usted tiene poco dinero?

—Pues… no soy rica ni mucho menos.

—¿Qué diría si le ofreciese…? Pero no se ría.

—¿Si me ofreciese dinero, quiere decir?

—No es eso, doctora. Si le ofreciese… venirse conmigo.

—¿Dónde?

El hombre, que había pronunciado las últimas palabras muy aprisa, la miró. Tenía que conducir muy despacio debido a la niebla.

—Fuera del país. Yo… me casaría con usted.

Muriel no movió un músculo de la cara.

—¿Me está haciendo una proposición en serio, Gore?

—Mi nombre es Max, doctora. Y estoy hablando muy en serio.

Detuvo el coche ante una taberna, de cuya puerta colgaba un farol.

—Entremos a tomar una copa, doctora.

Un oscuro instinto le previno a Muriel de que no debía negarse, pese a que lo único que sentía era deseos de estar en su casa y llamar a Jim por teléfono y hablar con él y… olvidarse de todo.

La taberna, puesta al estilo de las posadas inglesas, era acogedora. Se sentaron en uno de los reservados, separados de los demás por tabiques de madera. Gore miró a su alrededor y encargó *whisky*.

Luego se volvió a Muriel.

—Estaba hablando muy en serio, doctora. Tal vez… tal vez tenga que marcharme de aquí.

—Y quiere usted casarse conmigo.

—Sí, doctora.

Sus ojos eran claros y los tenía fijos en su compañera. Muriel lo miró igualmente. Tendría unos cuarenta años y puede que hace diez hubiera sido hasta atractivo. Ahora, había arrugas en su frente y en sus mejillas. Y su pelo raleaba.

—Escuche, Gore… Max. Aprecio en lo que vale su proposición, pero…

—Pero soy un delincuente, ¿no?

—No es eso, Max. Es, simplemente, que amo a otro hombre.

La cara de Gore no reflejaba emoción alguna. Pero la mano que sostenía su copa estaba blanca.

—Tengo dinero, doctora.

—No se trata de eso. No me importa el dinero. Me importa el que quiera a un hombre o no lo quiera. Y… no lo amo a usted. Lo siento.

—¿Es el doctor que me operó?

Muriel asintió.

—Comprendo.

—Escuche, Max. Creo que tengo derecho a saber lo que ha estado ocurriendo. ¿Qué querían de mí esos hombres? Me han dicho muchas veces, que usted me había dado unos papeles. Yo no los tengo. ¿Por qué me los piden a mí? ¿Por qué?

El hombre seguía mirándola con la misma falta de expresión.

—Doctora, creo que ahora puedo decirle algo. Se lo ha ganado… Quiero decir que lo que ha ocurrido no ha debido ser nada agradable para usted. Por eso, no me importa decirle algunas cosas, y más cuando he decidido… Bueno he decidido hacer cierta cosa.

A Muriel Hyer le dolían los pies, y un poco la cabeza, pero en ese momento ya no se hubiera ido a casa ni por todo el oro del mundo. Sólo dijo:

—¿Puedo telefonear?

—¿Al doctor?

—Sí.

—No lo haga. Ya lo haré desde su casa. Tendrá todo el tiempo que quiera para hacerlo.

—¿Es una imposición?

—No, doctora. Es un ruego.

Encendió un cigarrillo y bebió su *whisky* lentamente.

—Hay en esta ciudad un tipo que ha hecho algo que a otros tipos no les conviene que haga. Yo…

Apretó los labios, hasta que formaron una delgada línea.

—Fui encargado de convencerlo de que había obrado mal.

—Max, puede hablar claro.

—Lo sé. Pero quiero que sepa que es usted la única persona a la cual le hablo así de claro. Ya me entiende.

—No.

—Es una manera de decir. Me encargaron matarlo.

Muriel estaba dispuesta o no asombrarse de nada.

—¿Quién le encargó de hacerlo?

—No lo puedo decir. Alguien que tiene poder para hacerlo.

—¿Por dinero, Max?

—Pues, sí. Por dinero. Vivo de ello. Y cuando uno ha hecho eso varias veces, ya no puede negarse. Obedece. No tiene más remedio. Es como una cadena. Si un eslabón engrana en un piñón, el eslabón siguiente debe engranar también.

—Max, usted me está diciendo que es un… asesino.

—Doctora, sí. ¿Me denunciaría a la policía?

—No lo sé —respondió ella sinceramente. Le gustaba el hombre. No sabría decir por qué, pero le gustaba. Y para asombro suyo, la confesión que acababa de recibir, no la asustaba, ni la extrañaba siquiera.

—Cuando llegué aquí, me puse enfermo. Usted me libró de ser yo el fiambre. Y cuando salí del hospital, alguien se las había arreglado para que ya mi trabajo no fuera necesario, pero yo había encontrado ciertos papeles que podían ser muy perjudiciales para otra persona. Justamente de quien no se sospechaba, de Rushmore. Usted lo conoce.

La mano de Muriel se posó sobre la del hombre. Éste la retiró.

—No, doctora. No lo haga. Ese hombre quiso asesinarme. Pero no soy un tipo que se deje hacer eso.

—Escuche, Max, si yo le pidiese…

—¿Qué, doctora?

—Si yo le pidiese que dejase este… asunto, su manera de vivir, ¿lo haría?

—Ya es tardé, doctora. No puedo dejarlo. Únicamente, si usted… Bueno, no hay ni qué pensar en ello. Usted es una chica estupenda, y yo soy… lo que soy. No hay manera.

Bebió su *whisky* y se puso en pie.

—Y… ahora, ¿qué voy a hacer con usted?

Hablaba reflexivamente, sin mirar a la muchacha. De pronto, pareció tomar una decisión.

—Doctora, había pensado largarme, marcharme fuera del país, pero ya no lo voy a hacer.

—¿Le persigue la policía, Max?

—No tardarán en hacerlo, pero no se trata de eso.

Hizo una pausa. Su mano derecha jugueteaba con un cigarrillo. Súbitamente lo encendió.

—Doctora, tengo miedo.

—¿Usted? —El tono de Muriel revelaba franco asombro.

—Sí, pero… no por mí. Por usted.

—Pero esos hombres… Bueno, Max, es muy tarde y estoy cansada. Sólo le diré que esos hombres han aceptado lo que usted les ha propuesto, sea lo que sea, y…

Los ojos azules la examinaban con atención. El cigarrillo subía y bajaba hasta su boca a intervalos regulares. La mano no temblaba.

—Por usted, doctora. Sabe demasiado.

—Pero… ¡si no sé ni una palabra!

—Ellos suponen que sí. Escuche atentamente:

Se inclinó hacia ella y la apuntó con el cigarrillo.

—Ellos creen que sabe más, de lo que usted sabe realmente. Y a partir de ahora tendrán miedo. Mucho. Por eso, usted está en peligro. Un momento, no me interrumpa. Voy a decirle todo.

Hizo una pausa. Muriel lo miraba asombrada.

—El «sindicato» ha llegado a un arreglo con ellos. Pero es un arreglo momentáneo. Más tarde ajustarán las cuentas. El dinero que robaron al «sindicato», y que ellos han prometido devolver, no lo es todo. El «sindicato» necesita confiar en las personas que manejan sus asuntos, en cualquier lugar del país. Y ya no confiará en ellos. Pero hasta que ajusten cuentas, pasará algún tiempo y eso les dará tiempo a ellos para prepararse, huir o cualquier otra cosa por el estilo. Mientras tanto, usted es un peligro para ellos, y para el «sindicato». ¿Comprende?

—Pues… no muy bien. Sólo que parezco una pelota de *ping-pong*. Todos parecen estar dispuestos a lanzarme de un lado a otro de la mesa y no estoy dispuesta a consentirlo…

—No se lance, doctora. Por favor, no se lance y déjeme terminar. No es usted una pelota de *ping-pong*, ni yo voy a consentirlo. Pero si me marcho, si desaparezco, usted corre mucho peligro. No voy a consentirlo, repito.

—Y… ¿qué piensa hacer?

—Ya lo verá. Pero, por favor, no avise a la policía. Usted no la avise. Yo arreglaré el asunto. No se preocupe.

—Max.

—¿Sí?

—Dígame una cosa. ¿Quiénes son ellos? No es el momento de andarnos con tonterías ahora. ¿Quiénes son «ellos»?

—Pues… ¿de veras no sabe quién es el hombre en cuya casa ha estado?

—¡No!

—Pues simplemente el concejal Rushmore. ¿No ha oído hablar de él?

Muriel entornó los ojos.

—No me va a decir que el aspirante a la alcaldía.

—Se lo estoy diciendo, doctora. Se lo digo, sí. Ese tipo, por intermedio de Romorino ha copado el juego y la prostitución en la ciudad. Oh, eso da mucho dinero, doctora, mucho. Y con ayuda de Bill, ese tipo de los lentes, se puso a hacer juegos malabares con las cuentas. El «sindicato» me envió a mí para hacerles entrar en vereda.

—Para matarlos —dijo Muriel con un ligero estremecimiento.

—Exacto. Pero mientras yo estaba en el hospital, ellos llegaron a un arreglo con el «sindicato». Éste me dio contraorden.

—¿Qué clase de arreglo, Max? Ahora me lo puede decir todo, ¿no?

Max Gore asintió.

—Pues, sí, doctora. Sí. Prometieron devolver el dinero. El «sindicato» no gusta de hacer estos arreglos, sino que prefiere castigar a los que les traicionas, pero como la cantidad era bastante elevada, consiguieron un aplazamiento. Ahora bien… —Hizo una pausa mientras encendía otro cigarrillo—. Pero yo había conseguido apoderarme de una lista de nombres y de hechos. Todos ellos implicaban a Rushmore. Eso es lo que he tenido que dar para que la soltasen a usted.

—¿Eso ha hecho?

—Sí, doctora. Usted me salvó la vida una vez, ¿no? Bien, yo lo he hecho ahora por usted… al menos por algún tiempo. —Aplastó el cigarrillo contra la mesa con un movimiento de tensa violencia—. Con lo cual no he conseguido sino eso, un aplazamiento, pero para usted servirá. Creo que me entiende.

—Creo que sí, Max. Pero… Usted ha dicho que había cambiado de…

—De opinión. Sí. He cambiado. Tan pronto como yo vuelva la espalda, usted volvería a estar en peligro.

—Tengo amigos Max, y está también la policía.

Una risa silenciosa sacudió el cuerpo de Gore. Su boca se abrió en algo que era casi una mueca.

—¿Amigos? ¿La policía, doctora? Sus amigos, el doctor Alton, por ejemplo, serían como niños. Usted ha visto de lo que son capaces. ¿La policía? La policía está para perseguir, pero nunca para prevenir. Nunca llegan a tiempo. No, doctora. Usted estaría en un peligro muy serio. No los menos… ¿Cómo se dice?

—¿Menospreciarlos?

—Eso mismo. No los menos… precie. Mientras yo esté cerca, no se atreverán a ponerle la mano encima, pero tan pronto como yo… me aleje, vendrán por usted. Y esta vez no se les escapará.

Muriel encendió un cigarrillo. Su mano sí temblaba, pese a los esfuerzos que hacía por impedirlo.

—¿Qué es lo que quiere decirme, Max? ¿Qué es lo que está tratando de darme a entender?

—Simplemente: No voy a dejarla. Voy a cortarles las alas a todos ellos. Y va a ser muy pronto.

—¿Por qué, Max?

—Por usted, doctora.

La respuesta había sido simple, directa, casi brutal. Los ojos claros brillaban con un resplandor sombrío, si es que tal cosa era posible. La mandíbula, azulada por una barba espesa, estaba tensa.

—Los voy a mandar al infierno.

Muriel se estremeció.

—No, Max.

—Sí, doctora. Sí. Esos tipos no se las van a llevar de arriba.

—Pero… Usted ha dicho que el «sindicato»…

—El «sindicato» podrá perdonarles la pelleja, pero yo no. Y si al «sindicato» no le gusta, pues… al diablo el «sindicato».

—Y… ¿todo por mí?

Gore asintió.

—Por usted. Quizá… quizá esté ya cansado de obedecer órdenes. Hasta ahora he sido Gore, «ese chico al que se le pueden encomendar faenas». Creo que me estoy cansando. Y voy a hacerlo.

—Escuche, Max…

—No, doctora. No.

Hizo un gesto y el camarero se acercó. Gore pagó.

Muriel lo miraba un poco fascinada. Poco había de común entre

aquel hombre y el que llegara un día a su consulta medio muerto. Había seguridad en sus molimientos, y firmeza en la manera como miraba y hablaba.

—Doctora. Si alguna vez oye decir que he muerto, grábese este nombre en su memoria: Forrester, abogado, calle Leicester, en San Luis. Escríbale.

—¿Por qué…?

—Hágalo.

Le tendió la mano.

—¿Se va?

—Me voy. No la acompaño a su casa, porque quizá en este momento esté llena de policías. Vaya y quédese tranquila.

—Max…

—Adiós, doctora. Coja un taxi. Yo la miraré mientras lo hace.

Muriel comprendió instintivamente que no debía insistir. Estrechó la mano que se tendía hacia ella y se dirigió a la puerta. Max Gore hizo señas a un taxi.

—Max, si me preguntan…

—Diga que ha ido a hacer un viaje.

—Pero no lo creerán. Jim…

—Si quiere, dígale a él la verdad. Si es que va a ser su marido, no debe ocultarle nada. Una fulana me ocultó algunas cosas en cierta ocasión y… eso me llevó a esta situación, se puede decir. No le oculte nada, pero no hable con la policía si puede evitarlo. Si se ve obligada, diga que la tuvieron en una casa para pedir rescate. Cualquier cosa. Pero no pronuncie nombres, por favor.

El taxi se aproximaba. Muriel subió a él. Lo último que vio fue a Gore que la miraba, con las manos metidas en los bolsillos de su trinchera.

CAPÍTULO VIII

—Pero… ¡Maldición, no puedes estar hablando en serio!

—Jim, por favor, estoy muy cansada y necesito descansar.

La suave luz del cuarto iluminaba a las tres personas. Belsam contemplaba a ambos con atención.

—Un momento, Alton —dijo el policía—. Doctora, la cosa es sería. Según Jim usted no hubiese abandonado a sus enfermos sin avisar a algún colega. Y usted ha permanecido dos días fuera de su casa y su consulta. Y por último, usted tenía en su poder las huellas de un tipo. ¿Cómo?

Muriel lo miró atentamente.

—Teniente, ¿lo dice en serio?

Belsam sintió que las orejas le ardían. Pero sus ojos permanecían fríos. Más fríos que de costumbre.

—Sí, doctora. Usted tenía un vaso con las huellas de un pistolero.

—Teniente, usted me asombra.

—¡Muriel, por el amor de Dios, no compliques más las cosas!

La estaban esperando cuando llegó a su casa. Un policía, que llamó inmediatamente a su jefe, el cual llegó con el doctor Alton. Y al instante había comenzado a ametrallarla con preguntas.

—¡He estado a punto de enloquecer de ansiedad y tú llegas ahora, con tu maldita cara lavada de rata y nos dices que has ido a dar un paseo! ¡Lo cree tu abuela, porque lo que es yo…!

—Jim, te estás portando como un chiquillo.

—¡Y tú como una condenada idio…!

—Cállate. Teniente, ¿quiere saber cómo conseguí esas huellas? ¿De veras?

—Sí, doctora. Si no me equivoco eso es lo que hace media hora que estoy tratando de que me diga. Y no tengo tiempo que perder. No es usted sola la que puede necesitar la protección de la policía

en esta ciudad. Y no puede jugar con nosotros. Esto es una advertencia que le…

—Teniente, ¿le ha contado Jim la historia de ese Jones?

—Sí, por cierto que…

—¿Y no le ha dicho cómo vino ese hombre aquí?

Jim Alton se la quedó mirando con la boca abierta.

—Muriel, ¿qué diablos intentas decir?

—Si me dejas acabar te lo diré. Si le ha contado esa historia sabrá que ese hombre vino a mi casa a que le recetase. Y yo que tengo el título de doctora, le di algo a beber. Y él tocó ese vaso, porque da la casualidad de que los mamíferos superiores, del mono para arriba, cogen las cosas con las manos, no con los pies ni con la cola.

Belsam la miraba con la boca apretada.

—¿Quiere decirnos que conservaba ese vaso desde que ese hombre fue operado?

—No, desde antes. Justo desde que estuvo en mi casa.

Belsam miró a Jim. Éste se encogió de hombros.

—¿No me creen?

—No la creo, doctora.

—Pues en ese caso, invente algo mejor, pero ya me lo contará mañana. Por el momento quiero darme un baño y meterme en la cama.

Se quedó mirando a ambos hombres con las manos apoyadas en las caderas.

—¿Sí, o no, hombres? ¿Tendré que desnudarme delante de ustedes?

—Doctora —dijo Belsam tensamente—. Es usted lista, e ignoro su juego, pero, sea cual fuere, le diré que no creo una palabra de lo que nos ha dicho, aunque no tenga manera de probarlo. Pero pienso demostrárselo en su momento.

Sin responder, Muriel comenzó a desabrocharse el vestido. Los dos hombres salieron de la habitación precipitadamente.

La joven se bañó, después de cerrar la puerta, y se metió en la cama. Se había prometido estarse durante un rato pensando en todo lo que había ocurrido, pero su joven y sana naturaleza la traicionó. Cinco minutos después estaba dormida.

Jim Alton y Belsam se detuvieron en la acera.

—Vamos a tomar un trago —dijo el médico—. Te juro que lo necesito. Esa maldita rata me ha descompuesto los nervios.

—¿Por qué la llamas rata?

—Pues porque cuando estudiábamos parecía una rata de laboratorio, con su bata blanca y sus movimientos sinuosos. Escucha, Fred, tú no has creído lo que nos dijo…

—Ni una palabra.

—Ni yo tampoco. No lo hubiera hecho jamás, eso de abandonar la consulta. Hay algo que…

—Hay algo que gira en torno a ese torpedo, Jim, y pienso averiguarlo. Mis hombres lo están buscando por todas partes, pero, en cuanto se le nombra, las bocas parecen sellarse. Y tampoco hemos encontrado a Rigel. Se oculta porque alguien le ha ordenado ocultarse. Es como si todos los bajos fondos se hubieran cerrado de pronto. Y no me extraña. Gore es muy peligroso. Cómo te dije, jamás hemos podido pescarlo, y si teníamos sus huellas dactilares fue por haber estado movilizado durante la guerra de Corea. Sólo por eso.

Alton se le quedó mirando.

—Fred, voy a intentar convencer a Muriel de que me cuente lo que ha ocurrido. Tengo miedo.

—Y yo también —respondió Belsam—. Si ella no habla no sé cómo vamos a poder poner el asunto en claro. Jim, ¿crees…? Bueno, ya sé que te parecerá una monstruosidad, pero ¿no pudiera ella haberse encaprichado con ese tipo?

—¿Estás loco? Pero si es un hombre…

Alton se detuvo. Una sombría mirada apareció en sus ojos.

—Hablaré con ella. Todo menos esta incertidumbre.

—La quieres mucho, ¿verdad?

—No puedes hacerte una idea. El solo pensamiento de que pudiera, como dices… No quiero ni pensar en ello. No quiero.

—Bien, nosotros seguiremos buscando, pero no quiero engañarte, Jim. Es muy posible que reciba una citación judicial para declarar.

—¿Con qué pretexto? ¿Qué razones aducirías ante un juez?

Belsam se encogió de hombros.

—Alguna encontraremos. Pero sé que algo traman y no quiero permanecer quieto.

Estaban en un bar, ante dos *whiskys*. Fred Belsam bebió el suyo de un trago.

—Habla con ella. Mañana mismo, si no puedes hacerlo hoy. Y otra cosa. Estoy tentado de dejar alguien de guardia en su puerta.

—Ella no nos lo perdonará nunca si lo haces, Fred.

—Lo sé, es posible, pero ¿qué diablos quieres que haga? Estamos casi seguros de que ha estado viendo a Gore. En fin, Jim, yo tengo que marcharme.

Se separaron. Cuando Jim Alton llegó a su casa, estuvo varias veces con el teléfono en la mano, para llamar a Muriel, pero en el último instante se detuvo. Sabía cómo se pondría la doctora si la despertaba.

A la mañana siguiente, Muriel despertó descansada. Aún en bata, se asomó a la ventana, mientras bebía el café. Después de bañarse, bajó a la consulta. La enfermera la recibió con cara hosca. Tanto que Muriel ni siquiera le dio explicación alguna. Atendió a los pacientes, y hacia las once, Jim la llamó.

—Tengo que verte —anunció adustamente.

—Escucha… Jim, estoy muy ocupada.

—Lo sé, por supuesto que lo estás. Después de dos días y pico de…

—¿De qué, Jim? —preguntó ella con tono peligroso.

—De estarte por ahí, Dios sabe dónde y con quién mientras los demás estábamos en un infierno de dudas y de…

—Dilo, Jim.

—¡De celos, maldición! Sí, puedes decirlo y luego añadir que me vaya al diablo y que eres mayor de edad.

—Lo soy, Jim.

—¿Es que no piensas darme ninguna explicación?

—En ese tono que empleas, Jim, ninguna. Lo siento. Y ahora te recuerdo que tengo mucho trabajo. Adiós.

Cuando colgó, antes de oír la violenta interjección de Alton, estuvo durante un momento, junto al teléfono, pensando si valdría la pena ponerse así con Jim, y recordando todas las veces que le había pedido que se casase con ella.

¿Estaba enamorada de Jim? A veces tenía la casi absoluta seguridad de que sí, pero en otras ocasiones llegaba a dudarlo. No obstante, íntimamente siempre había abrigado la idea de que

acabaría por casarse con él.

¿Y si le dijera todo lo que había ocurrido? ¿La verdad, la estricta verdad? Estaba segura de que Jim comprendería.

Ello la llevó a pensar en Gore. Por supuesto, ni por un ambiente que ella había entrevisto durante unas había algo en aquel hombre que la atraía. Quizá su fría decisión, quizá el ambiente del que lo sabía rodeado, un ambiente que ella había entrevistado durante unas horas, pero que para él debía ser su alimento continuo, su modo de vivir… Recordó sus palabras: «Si yo fuese diez años más joven o usted diez años más vieja…». No, hubiera sido imposible, pero ¿qué mujer no se pararía a pensar en ello, aunque fuera un instante?

Con un suspiro, volvió a sus enfermos, que la esperaban impacientes.

El teniente Belsam estudió el papel. Luego levantó la cabeza. El sargento Quch lo miraba con atención.

—¿Qué le parece, Quch?

—¿Qué quiere que me parezca? Que debería usted tener una entrevista con esos tipos del Tío Sam. Hay algo como para no ponerse a jugar con ello. Nos podemos quemar los deditos.

—Creo que tiene usted razón.

Cogió el teléfono y llamó al número que había en el papel. Una voz masculina le respondió casi al instante.

—¿Míster Thorne? Aquí Belsam, teniente de la jefatura de policía. He recibido su nota. ¿Están seguros de que hay alguien tan alto complicado en el asunto?

—Completamente —respondió Thorne, del FBI—. No tenemos pruebas suficientes como para enjuiciar a nadie, pero quisimos que lo supiera usted.

—Así que según ustedes el concejal…

—Sin nombres, Belsam.

—Así que según ustedes, este hombre pertenece al sindicato.

—Así es, Belsam. Pertenece al sindicato.

—¿No pueden ustedes hacer nada?

—Por el momento, no. Pero hemos tenido noticias de que ustedes andaban detrás de Gore, el «torpedo». Y nosotros sabemos que ese hombre es el tipo de confianza del sindicato en San Luis.

—Escuche, Thorne. —Belsam se estaba preguntando cuál de los

agentes o los oficiales de la jefatura estaba en realidad sirviendo de enlace con el FBI. No era la primera vez que ocurrían aquellas filtraciones—. ¿Quién creen ustedes que sería el objetivo de Gore en esta ciudad?

—No lo sabemos bien. ¿No podrían ustedes contestar a esa pregunta?

—Pero sí tienen sus huellas dactilares, ¿no?

—Por supues… ¿Qué es lo que quiere decir?

—Digo que tienen sus huellas. Que alguien las ha recogido en alguna parte.

—¿Podría decirme de dónde le viene la información, Thorne?

—Pues es confidencial, por supuesto, pero ¿cierta?

—Sí. —Belsam sabía que no debía mentir. El hombre del FBI parecía saberlo de buena tinta—. Es cierto.

—¿Quién es la persona que lo tiene?

—No lograría sacarle nada. Es la prometida de un amigo mío, pero tiene una excusa fuerte: Gore estuvo enfermo, y tuvieron que operarle. Ella fue la que descubrió lo que tenía y lo llevó al hospital. Dejó las huellas en un vaso.

—¿Quiere decirme el nombre de esa persona?

Belsam lo pensó un momento. Sabía que el FBI tenía métodos propios para hacer hablar a las personas, pero por otra parte no quería ver a la doctora más envuelta que lo que ya lo estaba.

—Lo siento, Thorne, pero no estoy autorizado para ello.

—¿No desea colaborar?

—No es eso, es que la información no me pertenece por entero. Pero si puedo, se lo haré saber.

—Se lo agradecería. Y ahora, ¿qué piensan hacer?

—Seguir buscando a Gore. Él es quien tiene la clave del asunto.

—Así es. Pero si no tienen la seguridad, no remuevan demasiado el lodo. Ya le he dicho que nosotros no podríamos ayudarles con pruebas. Ojalá pudiéramos hacerlo, pero por el momento nos es imposible. Y si usted me dijese quién es esa persona que tenía las huellas de Gore.

—Ya le he dicho que no puedo hacerlo.

—Está bien, gracias.

Apenas acababa de colgar el teléfono, llegó el doctor Alton.

—Fred, acabo de tener una bronca con Muriel. Se sigue negando

a decirme dónde estuvo. Hemos… bueno, yo creo que hemos roto las relaciones. Te lo confieso, viejo, estoy abrumado. Yo la quiero.

—Dale una buena paliza.

—No es de ésas, Fred. No lo admitiría.

—Bueno, siempre se podría probar. Y ahora te diré una cosa. Has hecho mal en enfadarte con ella. Podrías tratar de inducirla hábilmente a desdecirse de ese cuento chino que nos colocó.

—Lo sé, pero yo creo que me he dejado llevar por la ira. Seamos justos: por los celos.

—Pero diablos, Jim, ¿celos de Gore?

—¿Por qué no, diablos? ¿Por qué lo oculta, entonces? Mira, Fred, las mujeres son imprevisibles. Nunca se sabe dónde van a poner los pies. He visto mujeres extraordinarias enamoradas de cerdos que no servían ni para descalzarlas.

—Jim, hazme caso. Vuelve a ella, pídele perdón, dale excusas, pero trata de saber qué diablos oculta en todo este asunto, hazme el favor.

—Para ti es muy fácil pedir eso, pero para mí tiene un orgullo del diablo. En fin, aunque estoy muy ocupado, procuraré…

Colgó. El sargento Quch apareció en la puerta.

—Teniente, me parece que al fin tenemos algo.

—¿Qué es ello?

—Uno de los hombres que pusimos para vigilar el bar de Papirosh ha visto cómo Rigel se entrevistaba con Slim Burr.

—¿Burr?

—Sí, señor. Y poco después lo hizo con otros dos antiguos conocidos nuestros. Baxter «Hermanito Pequeño» y Marino. Los dos. Parece que se están moviendo.

—¿Lo hicieron en el salón de Papirosh?

—Sí, y sin ocultarse demasiado.

—Pero Marino y Baxter no son amigos. No forman parte del mismo grupo.

—Lo sé señor, y por eso resulta más extraña la cosa. ¿No lo cree?

—Quch, esto me da mala espina, diablos.

Descolgó el teléfono y después de mirar en su agenda, marcó un número.

—¿Está Tony?

Una voz ronca le respondió que Tony estaba al aparato.

—Tony, aquí el teniente Belsam, de la jefatura. Quiero hacerte unas preguntas.

—Diga.

—¿Hay movimiento en el trasfondo?

—Pues no sé lo que entiende por movimiento, míster.

—Quiero decir y tú lo sabes perfectamente, que sí se han movido los tipos a los que conoces.

—No, señor.

—No mientas, Tony. Sabes que nos hemos llevado bien hasta ahora, pero si comienzas a mentirme…

—No le miento, míster.

—Tony, ahora voy a hacerte una pregunta muy especial. Marino es un muchacho de Sbirro Carelli. ¿Qué diablos tiene que ver con Baxter «Hermanito Pequeño»?

—Son novios, quizá.

—No vengas con bromitas. Se los ha visto juntos en lo de Papirosh. Hasta ahora Baxter y Sbirro han tenido diferencias. ¿Qué hacen juntos?

—No lo sé, señor. Palabra.

—Bien, otra cosa. ¿Sabes dónde está un tipo llamado Gore?

—No tengo ni la menor idea.

Belsam iba a hablar cuando percibió el silencio tenso del otro.

—Habla, Tony.

Tony el Mañoso, el árbitro de maleantes esperó aún un momento.

—¿No se sabrá nada por usted, míster?

—No, palabra.

—Pues… Hay diferencias entre ellos.

—¿Entre Gore y quién?

—Entre ese mismo y los hermanos. Y no quiero decir nada más. No puedo, simplemente.

Belsam pensó un instante.

—¿Quién respalda a Gore entonces, en este momento?

—No lo sé, pero tengo la impresión de que éste haciendo la guerra por su cuenta. Belsam dirigió la información.

—Eso no puede ser, Tony. Nadie le hace eso al sindicato y se queda tan tranquilo.

—Tómelo como una impresión mía, pero creo que es verdad.

—Está bien. Gracias por la información.

Colgó y se quedó mirando a sus dos interlocutores.

—Esto se complica. Tony el Mañoso me acaba de decir que Gore está haciendo de lobo solitario.

Quch lo miró atentamente. El doctor Alton se encogió de hombros.

—En nombre de Dios, Fred, ¿qué quieres decir con eso?

—Es muy sencillo: Al parecer, y según cree Tony, aunque yo no llego a tragármelo, Gore se ha separado del sindicato.

—Bueno, ¿y qué?

—Tú no lo sabes, explícate, Quch.

—Es muy sencillo, doctor: nadie se separa voluntariamente del sindicato. Es él quien prescinde de los tipos. Y si alguien, alguna vez, se vuelve loco y da la espantada, no tarda en aparecer muerto.

—¿Y por qué habría hecho eso Gore?

—Me gustaría saberlo. Lo mismo que me gustaría saber dónde está.

—Pero si se matan entre ellos, ¿por qué no dar las gracias a Dios? Menos trabajo para vosotros.

—Nos gusta siempre saber por qué ocurren las cosas en los bajos fondos. Quch, es necesario encontrar a Gore. Hay que peinar la ciudad. Moleste a los maleantes hasta que canten. Si se sienten intranquilos y no pueden dedicarse a sus negocios habituales, es muy posible que alguno hable. Vamos, Quch. Mueva las patas.

—Sí, señor —respondió el sargento. Y desapareció rápidamente.

Fred miró a Alton. Éste fumaba nerviosamente.

—Fred, ¿crees que Muriel tiene algo que ver con esa rara actitud de Gore?

—Pues… —respondió el teniente lentamente—, si me haces esa pregunta te diré que muy probablemente sí.

CAPÍTULO IX

Gore apagó su cigarrillo. Estaba en una habitación parcamente amueblada. El único objeto que sobresalía en ella era la funda de un violín, colocada sobre la mesa.

Gore se ajustó a la cintura y a los hombros el arnés para la pistola. Estaba en mangas de camisa y sólo tenía puestos los pantalones. Junto al bolsillo normal de la derecha de éstos llevaba otro, largo, donde guardó la funda de un cuchillo. Sus movimientos eran lentos, metódicos. Antes de guardar cada arma, la comprobaba. El suave retroceso del gatillo de la pistola, una «*Parabellum*» alemana, el filo del cuchillo, una de las mejores armas curvas fabricadas por una armería de Pittsburgh, el seco restallar de la navaja de muelles, y por último cinco pequeños cilindros de acero estriado, cada uno de los cuales cabía perfectamente en su mano, quedando oculto por ella, pero que al ser Oprimidos en su parte alta, dejaban libre un resorte que tres segundos después haría estallar el equivalente a una granada de mano.

Cuando se puso la chaqueta, estaba convertido en un arsenal viviente.

Se quedó un momento, mirando por la ventana, detrás de los sucios visillos. Estaba pensando en unos ojos de color violeta oscuro, en una boca grande, generosa, en unas caderas amplias y un pecho erguido y firme.

Suspiró levemente.

—Diez años menos —dijo entre dientes—, sólo diez años menos y ningún hijo de tal por cuál se alzaría con esa mujer.

Llamaron discretamente a la puerta. Gore alzó los ojos.

—Sí —dijo en voz baja.

Una mujer de unos cincuenta años, rubia, de buena presencia aún, aunque un poco gruesa, apareció.

—Maxie —dijo—. ¿Te marchas?

—Me marcho.

—¿No cambiarás de idea?

—No.

—He visto dos hombres en la calle. Llevan mucho tiempo en ella.

—Elsie.

Ella lo miró.

—Elsie, te agradezco mucho tu ayuda, pero tengo que marcharme. Recuerda, no me has visto, no sabes nada de mí. Y mira que pueden intentar hacerte hablar.

—No sabrán nada por mí.

La mujer cruzó la habitación y le puso las manos sobre los hombros. Era algo más alta que Gore.

—Escucha, ¿por qué no nos vamos a algún sitio? Yo te cuidaría…

—No, Elsie. Gracias, pero no.

—¿Es por causa de esa doctora?

—Es por causa de muchas cosas, querida. No vamos a resucitar cosas pasadas ya. No podríamos, simplemente. Sería inútil.

—Comprendo. Escucha, Maxie, esos hombres no eran de la policía.

—Lo sé.

Se asomó a la ventana, tras de los visillos. La gris luz del atardecer le reveló la presencia de los dos. Fumaban, apoyados en un sedán «Chevrolet» de color oscuro.

—No pueden saber que estoy aquí, a menos que alguien se lo haya dichos.

—Yo no, Maxie.

—Lo sé. Bueno, han podido tener alguna filtración. Creo que es hora de que me vaya. Gracias por todo, Elsie. Dejaré tu coche en algún sitio bien visible. No te olvides de presentar la denuncia.

Le puso la mano en la cadera.

—Que te vaya bien.

—También la vas a necesitar tú. No comprendo, cómo has podido enfrentarte a ellos.

—Se estaban poniendo un poco pesados.

Abrió la caja del violín. Dentro había una pistola ametralladora,

reluciente, con dos cargadores de repuesto.

También había un sobre.

—Toma esto. Escóndelo bien. Si Rigel o alguno de esos logra acabar conmigo, lo cual no va a ocurrir fácil, envíala a la dirección que hay escrita en el sobre. Pera solamente si alguien me mata. ¿Entendido?

Cerró la funda y la cogió con la mano izquierda.

—Bye, Bye. Elsie. Repito: gracias por todo.

—Vete al diablo, cerdo. Y procura que no te maten.

Había lágrimas en los ojos de la mujer cuando se inclinó sobre la barandilla de la escalera para verlo bajar.

Gore salió a la calle. Parado junto al bordillo casi en la esquina, había un convertible «Impala». Gore se volvió ligeramente. Los dos hombres parecían mirar en, otra dirección. Pero Max Gore sabía que en realidad no perdían ni uno solo de los movimientos. Abrió rápidamente la portezuela del coche y se metió dentro. Lo puso en marcha y rodó hacia el río.

Miró por el retro. El «Chevrolet» oscuro lo seguía a cierta distancia. Gore sonrió. Lo habían descubierto. Pero esperaba que no se les ocurriese tocar a Elsie. Al fin y al cabo, ella tenía buenos amigos aún.

Llegó al río, lo cruzó y atravesó los *docks* del puerto fluvial. Un poco después estaba en el campo. Terrenos baldíos se extendían a derecha e izquierda.

Dio una rápida vuelta y se metió en un camino entre dos solares. Paró el coche y vio cómo el «Chevrolet» llegaba y se detenía. La oscuridad iba cayendo rápidamente.

Gore sacó la «*Parabellum*» de la funda sobaquera, abrió la portezuela del coche y se apeó.

Los dos hombres lo estaban haciendo en ese mismo momento. Durante unos instantes, los tres se miraron a la incierta luz.

—Max —dijo uno de ellos—. Tenemos orden de llevarte con nosotros.

—Pues, adelante, hijos.

No los conocía. Era la primera vez que los veía, pero sí conocía perfectamente el tipo que representaban: jóvenes, ansiosos de destacar, de que los grandes se fijasen en ellos. Lo que no comprendía era cómo no le habían enviado a dos auténticos duros,

ya bragados en aquellas lides. O tal vez lo estaban, pero no lo creía.

—Max —dijo el segundo—. ¿Vas a venir con nosotros, sin líos? Nosotros no los queremos.

—Ni yo, hijos, pero os voy a decir una cosa. Tenéis exactamente diez segundos para subir al coche y largaros.

—Escucha, Max, no pongas las cosas difíciles. Los jefes quieren verte. No hay problemas, ¿verdad?

—Diez.

Les vio mirarse a los ojos, a hurtadillas. Era evidente que habían oído hablar de él, y mucho.

Y también sabía otra cosa: Los jefes ya no querían hablar con él. Bueno, lo harían, pero su sentencia estaba firmada. Más tarde o más temprano, darían la orden y entonces, uno, dos o tres «torpedos», tal vez aquellos dos mismos que tenía ante sí, la ejecutarían.

Gore sí era un tipo duro y bragado. Esperó un instante a que comenzasen a hablar, porque mientras hablaban, pensarían que él no actuaría.

—Max —dijo uno de ellos.

Y entonces, Max sacó la mano del bolsillo. Dentro de la mano había uno de aquellos tubos de acero. Lo sujetó fuertemente, mientras oprimió la tapadera. Uno, dos segundos…

Los otros se habían vuelto hacia él. Si Gore había dicho diez segundos, esperaban que así fuera.

Y entonces, Gore soltó el objeto, lanzándolo contra el automóvil, y se tiró a tierra, abriendo la boca.

Una llamarada azul se elevó junto al auto. Casi al instante, la explosión ensordecedora.

Un trozo de metal retorcido pasó desplazando el aire junto a la cara de Gore. Chirriaba como un gato enfurecido.

La gasolina del auto estalló. Debían haber dejado abierto el paso. Una segunda llamarada de color naranja y amarillo, se extendió como una marea.

Gore se puso en pie y se acercó a su propio automóvil. Afortunadamente, la gasolina del primero no había llegado al suyo. Lo puso en marcha, y reculando, pasó como una centella junto a los restos del otro. Ardían como un infierno. Uno de sus bolsillos ardía también. Lo apagó a manotazos.

Gore sabía que hubiera podido acabar con aquellos dos

pistoleros sólo con su «*Parabellum*», pero había preferido hacerlo de aquella manera tan espectacular para demostrar a los jefes y sobre todo a aquellos que pudieran enviar contra él, que sabía hacer las cosas de la manera más perfecta posible, y sobre todo, de la más dolorosa. Porque al pasar junto al otro auto, había visto cómo uno de los pistoleros aullaba, envuelto en llamas. Eso les serviría, para que cuando viniesen por él, sintieran el santo temor en el cuerpo.

Rodó en dirección contraria a la que había traído, hasta llegar a un camino transversal, y se metió por él en el momento en que oía aullar las sirenas de la policía o de los bomberos. Al menos en los primeros momentos, tomarían aquello como un choque, hasta que investigasen mejor.

Este nuevo camino le hizo salir a la ruta 362. La tomó rápidamente, casi sobre dos ruedas y volvió a la ciudad a noventa millas por hora.

Se apeó ante una cabina telefónica, y disco un número. Una voz untuosa se puso al aparato.

—¿Bill? Dígale a Rushmore que puede ir a recoger a los dos tipos que envió a buscarme.

—¿Qué? ¿Cómo? Oiga, Max…

—Puede ir a recoger lo que queda de ellos. Poco más que las cenizas. Y dígale también que eso mismo ocurrirá con todos aquéllos a los que me eche. No se olvide de hacerlo, Bill.

Casi podía oír el jadeo del hombrecillo de los lentes montados al aire. Era como tenerlo al alcance de la mano.

—¿Me ha entendido, Bill?

—Sí, sí por supuesto, pero Max, si quiere hablar con míster Rushmore…

—Si está ahí mismo, sí. Si no, no esperaré.

Un momento después la voz de Rushmore llegó hasta él.

—Pero, Max, en nombre de Dios Todopoderoso, ¿qué has hecho? ¡Has roto la tregua! Tú sabes bien qué te puede ocurrir sí…

—Escucha, Rushmore. Los he achicharrado. Y lo mismo va a ocurrir con todos. Ahora, atiende bien. Si no hacéis un solo movimiento, las cosas pueden quedar así, pero si lo hacéis… Que Dios se apiade de vosotros. Y ya sabes lo que quiero decir, ¿no? Ni un solo movimiento, y no tocar a esa doctora, porque… todos acabáis lo mismo que ellos. ¿Entendido?

Y cortó. Salió, subió al automóvil y guió hacia la ciudad.

Belsam contempló los cadáveres. Estaban casi irreconocibles, debido a la explosión y a la gasolina ardiente derramada sobre ellos.

—En nombre de Dios —dijo en voz baja. Junto a él, Quch retenía la respiración.

Los técnicos se afanaban en torno al coche. Habían instalado varios focos de alta potencia y examinaban minuciosamente el terreno y los restos del automóvil.

—Hay huellas de un coche que estuvo parado un poco más allá —dijo uno de ellos—. Luego, volvió o retrocedió y pasó junto a éste.

—Gore —dijo Belsam apretando los dientes. Esto es cosa de él.

Se volvió a Quch.

—Hay que seguir buscando, por el amor de Dios. Y pongan a cinco hombres ante la casa de la doctora Hyer. Que nadie entre allí bajo ningún pretexto. ¿Quién? ¿Quién estaba de plantón ante la casa?

—Un muchacho nuevo. Se había quedado en la sombra del jardín vecino.

—¡Por el amor de Dios, corra usted mismo para allá!

Belsam se puso a dar órdenes como un loco. Los coches patrulleros seguían llegando. Uno de los técnicos se volvió hacia el teniente.

—El coche fue alcanzado por una explosión aparte de la gasolina. La primera provocó la segunda. Mire esa puerta. Está casi fuera de los goznes y el metal, retorcido.

—Una explosión… ¿Qué piensa que pudo suceder?

—No lo sé. El examen microscópico nos revelará algo. Había transcurrido apenas un cuarto de hora, cuando la radio del coche comenzó a sonar.

—Hay un aviso para el teniente Belsam —dijo la voz de la operadora de la centralita policíaca—. Es del sargento Quch.

—Pásemelo, rápido.

La voz de Quch llegó hasta él. Alterada, ronca.

—Teniente, el muchacho que dejamos junto a la casa de la doctora. Le desmayaron de un golpe.

Belsam sintió que el pulso se le alteraba.

—Siga, no se pare.

—Y la doctora no está en su casa.

—¿Ha habido lucha?

—No parece, pero… diablos, teniente, aquello apesta a cloroformo.

Belsam lanzó un juramento.

—¡Busque huellas, Quch!

—Lo estamos haciendo, teniente. Hemos encontrado un trozo de paño de una trinchera, pero hasta ahora nada más. Está chamuscado en los bordes.

—¿Chamuscado? ¡Cristo! Envíenlo inmediatamente al laboratorio.

—Conformes, teniente.

Belsam colgó. Inmediatamente avisó a la jefatura para ordenar que cerrasen todos los accesos a la ciudad y que no dejasen pasar un solo coche sin registrarlo. Tenían que buscar a una mujer cuyas señas dio velozmente. Luego, llamó a Thorne al edificio federal, y le explicó rápidamente lo que había ocurrido. El hombre del FBI se puso furioso.

—¡Si usted me hubiera dicho el nombre de esa mujer, hubiéramos podido hacer algo! —Gruñó.

—¿Qué?

—Pues algo hubiéramos podido hacer. Protegerla.

—No se la ha llevado nadie sino Gore. Y ese actúa como una serpiente. En un momento se ha cargado a dos pandilleros y ha raptado a la doctora. Dígame que hubieran podido hacer ustedes.

—Está bien, está bien, ¿necesitan ayuda?

—Por el momento, sólo que hagan radiar la fotografía de Gore a todas partes. Los pistoleros son Baxter, «Hermanito Pequeño», y Marino.

—Conforme. Lo haré ahora mismo.

Y quedaba lo peor. Llamar a Alton y decírselo. El doctor lanzó una serie de juramentos atroces, y Belsam tuvo que interrumpirle.

—Eso es lo de menos ahora, Jim. Sólo quería que lo supieras. No creo que a tu amiga le ocurra nada, pero tenías que saberlo.

—Voy para allá inmediatamente.

—Ve, pero no interfieras. Mis hombres están buscando huellas. Ha debido raptarla en un automóvil, cloroformizada.

—¿Cloroformizada?

—Sí, ¿por qué?

—Bien, Fred, Muriel jamás resistió el cloroformo. Siempre decía que en el caso de que tuvieran que operarla habrían de hacerlo por otros medios anestésicos. Simplemente, no lo resiste. Ese maldito asesino va a matarla.

—Lo siento, Jim, pero así son las cosas. Y ahora tengo mucho que hacer.

Colgó. Luego, se metió en el coche y ordenó al policía que lo llevase a casa de la doctora Muriel.

Muriel despertó sintiendo unas náuseas horrorosas. Durante unos instantes no supo siquiera lo qué había ocurrido, hasta que poco a poco y entremedio de unas bascas horrorosas, recordó. Habían llamado, a la puerta, ella había ido a abrir y había visto a…

Todo llegó a su cabeza en el momento en que comenzaba a darse cuenta de dónde estaba. Una habitación pequeña, cuadrada, absolutamente desnuda de muebles excepto el catre en que estaba echada.

Se incorporó lanzando una exclamación.

—Hola, doctora.

Muriel, con los ojos desenfocados aún, miró. Junto a la ventana, había la figura de un hombre.

—Lamento haber tenido que hacerlo, pero era la única manera de sacarla de allí. Y corría peligro. ¿Cómo se encuentra?

—Usted me cloroformizó.

—No tenía otro remedio, doctora. Pero puse poco en el algodón.

—De lo contrario, me hubiera tenido usted… Pero ¿qué es lo que se propone? ¿Se da cuenta de lo que ha hecho?

—Por supuesto. Me doy cuenta, doctora. Pero no había más remedio. Ellos la hubieran alcanzado antes.

—Pero ¡usted está loco!

—No, doctora. No lo estoy, seguro que no. Usted estaba corriendo un peligro de los más grandes que haya podido correr en su vida. No tenía más remedio que hacerlo.

—¿Dónde me ha traído?

—A un lugar seguro. Oh, a Gore no lo cogen tan fácilmente. Cuando fui a su casa acababa de despenar a dos tipos que iban por mí. Los despené de tal forma que se mirarán antes de echarme gente

detrás. Eso si les doy tiempo.

Muriel se incorporó.

—¿Dónde hay… un… baño?

—Pase, doctora. Aquí.

La precedió por un corto pasillo al final del cual había un baño pequeño.

Muriel devolvió hasta que le faltaron las fuerzas. El cloroformo era para ella el equivalente a la ingestión de una ensalada de vidrio machacado. Afortunadamente, según Gore dijo, la cantidad había sido poca. De lo contrario, cualquiera sabe lo que hubiera podido ocurrir.

Volvió a la habitación donde la esperaba Gore. Éste la recibió con una débil sonrisa.

—¿Se encuentra mejor, doctora?

—Un poco, pero no gracias a usted precisamente. Podía haberme preguntado si el cloroformo me sentaba bien o mal.

—No tenía tiempo, doctora. Le repito que la cosa urgía Pero no se preocupe: Tan pronto como el peligro haya pasado, usted volverá a su casa y a su doctor.

—Pero ¿cuándo será eso?

—¿Tiene mucha prisa? Bien, no se preocupe. No tardará. Pero antes ha de prometerme una cosa.

—¿Prometerle? ¿Qué?

—Que no se va a mover de esta habitación hasta tanto yo le diga que puede hacerlo, o la lleve yo mismo.

—No pienso prometerle nada, Max. Usted me ha traído aquí raptada y no pienso darle facilidades.

—¿No cree que corría peligro?

—Es posible, pero…

—En ese caso, obedezca, por favor. Esté segura de que tan pronto como haya pasado el peligro, usted volverá a los suyos. Pero antes, no, aunque tenga que impedírselo por la fuerza. ¿Entiende?

Muriel comprendió que si alguien había hablado en serio alguna vez con ella, ése era.

Gore en esos momentos. Comprendió también que no era la ocasión para insistir.

—Está bien. Pero ¿qué va a hacer usted?

—Limpiar un poco esto. Limpiarlo de tal manera que nadie

volverá a querer meter las patas aquí. Y no lo hago por la policía, a la que odio. Lo hago por…

Hubo una ligera vacilación en su tono.

—Por usted, doctora. Sólo por usted.

Y Muriel comprendió que estaba diciendo la verdad. Y algo caliente ascendió por su pecho hasta llegarle a la garganta. Algo duro, y al mismo tiempo extrañamente conmovedor. Tanto, que las lágrimas llegaron casi hasta sus ojos.

Tony el Mañoso vio entrar al hombre y al instante se puso alerta.

—Pasa —dijo.

Gore pasó. Tan pronto como estuvieron en el reservado, Tony se volvió hacia su visitante.

—Pero, Max, infiernos, ¿te das cuenta de que has partido la tregua? ¿Te das cuenta…?

La voz de Tony se fue apagando. Los ojos de Gore eran mortalmente fríos, helados como las aguas de un lago en invierno.

—Lo sé.

—Pero…

—Lo sé. Mafioso, quiero que sepas una cosa: He roto la tregua sabiendo perfectamente lo que hacía. Tú eres fuerte. Ellos lo son. Pero aún no me han cogido. Sólo quiero de ti una cosa: Que no te pongas frente a mí. Porque si lo haces, vas a volar…

Chasqueó los dedos.

—Hasta el mismo infierno.

Los ojos del gordo italiano lo examinaban con atención sorprendida.

—¿Nadie te habló así, eh? Pues yo lo hago ahora. He envidado hasta lo alto y no voy a parar. Pero tú mantente aparte.

—¿Le dijiste a alguien que ibas a venir aquí?

—A nadie. Tú estás a salvo solo conque permanezcas aparte del asunto.

—En ese caso… Escucha, Max. Tú has roto la tregua porque… Voy a ser claro. Porque quieres morir. No comprendo de otra manera lo que haces.

—Tómatelo como quieras.

—En ese caso… Lánzate al agua. Y nada, si es que sabes. No diré nada.

—En eso confío, Mafioso. Porque… pobre de ti sí lo haces. No ibas a durar nada.

—Max, no admito amenazas.

—Pues ésta, la vas a admitir.

Tony no insistió. Le bastaba ver los ojos de Max Gore fijos en él para comprender que estaba ante un hombre decidido a todo, absolutamente a todo.

—Vete. No he oído hablar de ti, siempre que… no te hayan seguido.

—No lo han hecho. ¿Has oído hablar de un coche incendiado?

—He oído. Por eso te dije lo de la tregua. Esas cosas no se pueden hacer.

—Pues… toma el cuento. Y, otra cosa: No avises a nadie.

—No pensaba hacerlo.

—Adiós, Tony. Gusto en conocerte.

Y Tony vio cómo Max Gore salía de la taberna. Sabía que no volvería a verlo vivo. Lo sabía, tan fijo como que a la mañana siguiente el sol alumbraría de nuevo.

Gore había dejado el coche en la esquina. Lo tomó y guió hasta Lafayette.

Justo en la esquina de Pender, se apeó sin echarle la llave, y comenzó a caminar.

Caminó Lafayette arriba hasta que hubo cubierto cuatro manzanas. El intenso frío mantenía las calles casi desiertas. Un poco después se abrirían los cines y teatros y lanzarían un torrente de personas a la calzada. Era, pues el momento.

Cuando calculó que había andado bastante para separarse del coche, se acercó a un «Cadillac» estacionado un poco más allá del hotel Sheraton. Con ademanes desenvueltos, silbando por lo bajo, sacó del bolsillo un manojo de llaves y las probó rápidamente. La cuarta dio resultado. La portezuela se abrió y se metió dentro.

El coche no tenía la llave puesta, desde luego, pero con ademanes lentos y medidos, se bajó y levantó el capot. Un momento después había puenteado para poder ponerlo en marcha.

Volvió a subirse, lo encendió y el coche se puso en camino con un ronroneo que revelaba la potencia del motor. Mientras conducía miró en la guantera. El coche pertenecía a míster Fred H. Potman, publicitario.

Sonrió. Luego, apretó el acelerador a fondo, casi, por la calle semi desierta.

Fred Belsam se quedó mirando el trozo de tela. El técnico del laboratorio aguardaba, en silencio.

—¿Qué diría que es esto?

—Quemaduras de gasolina. No hay duda. Pero hemos encontrado en el tejido huellas de una explosión muy potente. Cordita especial, mezclada con un ácido, probablemente.

—Diablos. ¡Quch!

El sargento asomó la cabeza por la puerta.

—¿Algo nuevo?

—Robos de coche, nada más. Una tal Elsie Dunlop ha denunciado el robo del suyo. Se lo quitaron de la calle Meredith, esquina a Proctor.

—¿Elsie Dunlop? Ese nombre me suena de algo.

—Claro, teniente. Ella fue durante algún tiempo la querida de uno de los concejales. Fue detenida por pasar la droga.

Una chicharra comenzó a sonar. El teniente se lanzó hacia el pasillo de la jefatura. Se trataba del anuncio de que el coche de *mistress* Dunlop acababa de aparecer en Lafayette. Al mismo tiempo míster Potman, técnico publicitario, denunciaba el robo de su «Cadillac».

Belsam se quedó un momento pensativo.

—Traigan a esa mujer —ordenó. Inmediatamente hizo una llamada y Thorne respondió casi al momento—. Thorne, usted puede ayudarme.

—¿De veras? ¿En la misma forma que usted lo hizo conmigo? Bueno, no se enfade. ¿Qué es ello?

—¿Relacionan ustedes a Gore con una mujer llamada Dunlop?

—¿Dunlop? ¿Elisabeth?

—Sí, quizá. Casi seguro.

—Pues… sí. Se conocieron en San Luis. Estuvieron viviendo juntos algún tiempo. ¿Por qué?

—Venga para acá, porque la vamos a traer.

Cuando colgó, ordenó que trajesen también el coche robado. Quería que fuese revisado a fondo.

Trajeron a Elsie cuando el coche entraba al mismo tiempo en el garaje de la jefatura, y los expertos se precipitaron sobre él.

Gore detuvo el coche y encendió un cigarrillo, procurando que la lumbre del mismo no le diese en la cara. Esperó durante unos instantes mientras examinaba la casa, y sobre todo la puerta.

Había otros dos coches parados ante ella. Mientras esperaba, otro dobló la esquina y aparcó con un chirrido de frenos.

Gore seguía fumando, con la boca torcida en una fea mueca.

Luego, se apeó, cogió la funda del violín y la abrió, pero dejándola de tal manera que pareciera cerrada. La dejó sobre el asiento.

Con pasos medidos se aproximó al coche recién llegado. Caminaba por la acera con un ligero taconeo.

De pronto, al llegar a la altura del coche recién llegado, se volvió y abrió la portezuela. Dentro había un hombre, que estaba leyendo un *cómic* a la luz del salpicadero.

Levantó la mirada para encontrarse ante la boca de la «Parabelum», provista de un silenciador.

—¿Qué…?

—¿No me conoce? ¿No sabes quién soy? Haz un solo movimiento y es el último. Coloca las manos sobre el volante. Los pies bien separados.

El hombre no se lo hizo repetir. Puso las manos sobre el volante y separó los pies.

—¿Dónde está Rigel?

—Yo qué sé…

La pistola se levantó un poco. Muy poco.

—Habla. Si no, mueres. ¿Está ahí dentro?

—No lo sé. No, no está.

—¿Quién hay ahí dentro?

—Eso sí que no lo sé, Max. Escucha, no tengo nada que ver con lo que…

La pistola hizo «plop» y la pesada bala lanzó al hombre casi al otro lado del asiento. El silenciador había ahogado la explosión. Luego, Gore quitó la llave del coche y la lanzó al otro lado de la calle.

Sonreía aún cuando caminó por la acera hasta llegar a la puerta de la casa. A ambos lados de ésta como en las mansiones de Nueva York de finales de siglo, había dos escaleras que conducían a los pisos bajos.

Bajó por la de la derecha y empujó la puerta. Estaba cerrada, pero eso no era obstáculo para un hombre como él.

Volvió a disparar contra la cerradura, apartándose a un lado. La cerradura saltó, con la bala introducida en su alvéolo.

Empujó de nuevo y se apartó. Nada.

Algo blanco, húmedo, le dio en la cara. Levantó la mirada y vio que otros copos bajaban silenciosamente hacia él. Comenzaba a nevar.

Nada se movió. Ningún ruido. Gore penetró en la oscuridad interior, y tanteando con las manos, encontró la pared. Ningún mueble, nada que se opusiese a su paso.

Luego, una puerta. Abierta.

La traspasó. Un corredor y una escalera que ascendía. Al final de ella, otra puerta bajo la cual se filtraba una raya de luz.

Probablemente una cocina. Lentamente, fue empujando la puerta. Tan pronto como una débil raya de luz se insinuó entre la madera y la jamba, comenzó a escuchar las voces.

Eran dos. Las de un hombre y una mujer. Y ambos estaban hablando.

Esta vez Gore no sonrió siquiera. Cuando irrumpió en la cocina, la «Parabelum» brillaba sombríamente en su mano.

El hombre estaba en mangas de camisa y tenía un arnés del que asomaba la culata de un revólver. La mujer era gruesa, da cabellos rubios y tez colorada.

Los dos se volvieron y la mano del hombre fue hacia la culata. Gore no necesitó hablar: sus ojos eran suficientemente elocuentes. Las manos del hombre ascendieron lentamente hacia el techo mientras la mujer dejaba escapar una exclamación en tono contenido.

—¿Quién hay arriba? —susurró Gore.

—Yo… Mire, Max, no sé nada.

Gore estaba corriendo su *amok*. No discutía. No hablaba apenas. Justo lo necesario. Sólo eso.

La pistola hizo de nuevo «plop» y la bala alcanzó al hombre justo encima de la tetilla izquierda. Lo derribó como un buey, contra la cocina, de la que se escapaba un olor a carne guisada.

La mujer abrió la boca y la punta de la pistola giró al momento hacia ella. El grito se ahogó en su garganta.

—¿Dónde están?

Ella alzó la mirada hacia la puerta.

—Arriba.

—¿Cuántos hay?

—No lo sé. Seis o siete.

—¿Tu amo Rushmore, también?

—Pues… sí. Él está arriba también.

La boca de la pistola fue alzándose hasta apuntar rectamente a la cabeza de la mujer. Ésta palideció densamente y abrió la boca como un pez.

—No… —susurró—. No…

Gore se acercó a ella y de pronto dejó caer el cañón de la «Parabelum» sobre su cabeza. La mujer fue desplomándose lentamente al suelo.

Y Gore se encontró junto a la puerta. La abrió, y despacio, pero con movimientos seguros, fue ascendiendo unas escaleras que le llevaron a un *living que tenía una puerta basculante. El living estaba vacío.*

Escuchó. De detrás de una de las puertas, se oía ruido de voces.

Miró a todas partes, con la mirada del hombre que no dejaba tras de sí nada que pueda presentar un peligro o una desventaja. La puerta tras de la que se oían las voces tenía un montante de cristal en su parte superior.

Luego, se dirigió a la puerta y tanteó el picaporte.

Estaba abierto.

Lo movió del todo y entró.

La habitación enorme, un despacho con las paredes cubiertas de libros y cuadros. Una mesa y varios sillones, todos ellos ocupados; Un coro de faces lo enfrentó, con distintos grados de sorpresa.

—Hola —dijo. Y cerró la puerta tras de sí. Luego, con un rápido movimiento, se colocó a un lado—. Hola —repitió.

Fue examinándolos uno a uno. Allí estaban todos, al menos todos los peces gordos.

Rushmore, alto, delgado y elegante. Su secretario, Bill, con los lentes montados al aire. Tob Romorino, el encargado de la prostitución, Lev Horowitz, del juego, y otros dos hombres. Fue en éstos donde la mirada de Gore se detuvo por más tiempo, ya que ambos eran dos pistoleros al servicio de Horowitz. Pero no estaba

Rigel.

—Gore —dijo el concejal en voz baja.

—Sí.

Su tono era frío, casi mortal.

—Gore, te has puesto frente a tus amigos.

—Sí.

Sus ojos no se apartaban de los pistoleros. Los otros, si bien peligrosos, no lo eran tanto con las armas en la mano. Sus actividades estaban en plano superior, no a nivel del asesinato personal.

—Pero ¿sabes a lo que puede conducirte eso?

El último hombre apareció detrás de su sillón. Gore lo conocía bien. Muy bien, porque hasta ahora había sido el encargado de darle personalmente las órdenes cuando había que liquidar a alguien.

Era bajo, grueso, de cara sonrosada y pelo canoso. Debía haber sido muy fuerte cuando joven, pero ahora los músculos se habían trocado en blanda grasa. Sweeny Spada, el hombre de confianza en el sindicato de San Luis.

—Gore —dijo.

—Hola, Sweeny. No te muevas.

—No pienso hacerlo, hijo, pero vas a dejar ese arma y vamos a charlar tranquilamente. Hijo, obedece.

—No, «papi».

—Escucha, Max, todo esto son tonterías. Tú no puedes enfrentarte a nosotros. Siempre te hemos tratado bien, ¿no? Pues deja tu arma y…

Su voz era cariñosa. Su boca sonreía, pero sus ojos eran los de un asesino. Gore sabía que no viviría ni cinco minutos más después de haber soltado su arma. Pero esto era algo que no pensaba hacer.

—Sweeny, ¿has acabado?

—¡No, condenado muchacho! Tienes que escucharme.

Los ojos de Sweeny se habían dirigido furtivamente hacia uno de los pistoleros. Gore lo vio.

—Sweeny, hemos acabado. Yo me voy. Os dije que no tocaseis a la chica y lo habéis hecho.

—Pero tú no has cumplido las órdenes, muchacho. Te dijimos que dejases el asunto. Era una orden. Tú tenías que obedecer… y no

lo hiciste. Las cosas no se pueden hacer así, Max, y lo sabes bien.

—¿Qué habéis tratado con Rushmore? ¿Por qué cambiasteis de opinión?

—Max, eso no es cosa tuya. Los jefes saben bien lo que se traen entre manos, condenación. Ellos dicen: «haz esto», o «no lo hagas». Nosotros tenemos que obedecer. Nos toca eso, ya lo ves.

Estaba chachareando, pero sus ojos habían ido dos veces hacia el rincón, donde se encontraba uno de los pistoleros. Había sido una mirada rápida y oblicua, que Gore había captado, sin embargo.

Se volvió como una serpiente e hizo fuego con la pistola silenciada por el tubo. El pistolero se llevó ambas manos a la cabeza y dio dos vueltas sobre sí mismo antes de venirse al suelo como un fardo. La boca de la pistola ya estaba apuntando al segundo de los dos «torpedos».

Éste había levantado las manos, pero la esperada orden de «dejar caer las armas», no se produjo. Ello hizo que las caras que contemplaban a Gore palidecieran, porque sólo podía significar una cosa: Que a Gore le importaba poco que los demás tuvieran armas. Simplemente, estaba allí para matar. Entonces, habló.

—Sweeny, Rushmore. ¿Dónde está Rigel?

—¿Rigel? Pues… Escucha, loco…

—Rushmore, ¿dónde está Rigel?

—Pues… yo no sé…

Pero ambos sé habían mirado.

—Lo habéis enviado contra la doctora, ¿eh?

—Escucha, chico, no digas tonterías… Lo que has de hacer es…

Gore disparó de nuevo. El otro pistolero fue lanzado contra la pared, con los brazos abiertos. Durante un instante, semejó un siniestro crucificado. Luego, cayó, siempre con los brazos en aspa.

—¡Estás loco!

Gore se volvió hacia Rushmore. Sus ojos tenían un resplandor extraño, turbio.

—¡No! —gritó el concejal—. ¡No puedes matarme! ¡No puedes hacerlo!

—¿Dónde está Rigel? ¿Lo enviaste a buscar a la doctora?

—Escucha, hijo —dijo Sweeny trabajosamente—. Esto tenemos que discutirlo con tranquilidad. Tú estás…

—¿Le enviasteis contra ella?

—No es así exactamente, pero debes comprender que esa mujer conoce a…

—A Rushmore. Y además sabe perfectamente quién es Rushmore. Yo mismo se lo he dicho.

Sweeny jadeó, sorprendido.

—¿Tú hiciste eso? Pero ¿por qué?

—Porque ella me salvó la vida. Ella descubrió lo que tenía en la tripa, cuando nadie lo había podido hacer. Y pienso defenderla. Y nadie la va a tocar. Y todos vosotros os vais a ir al diablo.

—Muchacho, ¿qué vas a hacer?

—Marcharme, pero si uno de vosotros toca a esa chica…

—No la tocaremos, por supuesto. Pero debemos hablar de todo esto… Debemos…

Gore tanteó a su espalda hasta encontrar el picaporte de la puerta.

Lo tomó y abrió.

—Si cualquiera de vosotros o alguien la toca, todos vais a morir.

—Pero, hombre, escucha, Maxie…

Ya tenía la puerta abierta en toda su amplitud.

—Diles a ellos, Sweeny, que no van a volver a verme.

Dio un salto, cerró la puerta tras de sí e inmediatamente sacó uno de aquellos cilindros de metal. Le apretó la tapa y con un hábil movimiento, lo tiró contra el montante.

El cristal estalló.

Gore no esperó. Cruzó la habitación en tres zancadas, llegó hasta la puerta de salida y la abrió. Justo en el momento en que la cerraba tras de sí, se produjo la explosión.

Estaba ante las escaleras de subida a la casa, y la onda explosiva casi lo tiró al centro de la calzada. Trastrabilló, mientras corría hacia el automóvil y al llegar a éste se volvió y contempló la casa. Por la ventana del piso bajo salía una llamarada larga y un acre olor burbujeaba en el aire. Aún oía gritos agudísimos, pero no se paró a escucharlos. Subió al coche, lo puso en marcha y se alejó.

CAPÍTULO X

Thorne dio un paso hacia adelante.

—Escuche, Elsie —dijo Belsam.

Estaban en la jefatura. El teniente, el sargento Quch, Thorne, del FBI y Alton, despeinado y sin afeitar. La mujer, hermosa aún, pese a los años y a la clase de vida que había llevado, los miraba alternativamente, como un búho.

—Escuche —repitió el teniente—. Sabemos que usted ha tenido a Gore en su casa. Pero queremos que nos diga dónde está. Compréndalo. Queremos salvarle la vida.

—Antes tendrán que salvársela a otros —respondió ella—. Max sabe valérselas por sí mismo. ¿No lo creen?

Estaba amaneciendo. El último boletín de los bomberos había sido el de que el fuego en la casa del concejal Rushmore, candidato a la alcaldía, había sido ya sofocado. Pero ¡qué destrucción! Según el jefe de bomberos, algo con la fuerza de dos granadas de mano había estallado en un despacho cerrado donde estaban los cuerpos carbonizados de varios hombres. Uno de ellos Rushmore. Los otros… todos ellos bien conocidos por la policía.

—¿Lo dice por lo de la casa de Rushmore?

—Lo digo por lo que lo digo.

—Pero tarde o temprano lo cazarán. Tarde o temprano lo cogerán los del Sindicato, y entonces… lo que hagan con él será horroroso. Elsie, usted ha vivido con él. Lo ha tenido en su casa. Hemos encontrado en ella sus huellas dactilares y rastros de su presencia. Tiene usted que decirnos dónde podemos encontrarlo.

—Búsquenlo —fue la respuesta de la mujer. Tenía profundas ojeras, y los párpados ribeteados de rojo. Pero aún parecía combativa.

Alton dio un paso hacia ella.

—Escuche. Gore tiene una mujer con él. La ha raptado. Y yo…

amo a esa mujer. El puede querer matarla. Por el amor de Dios, ¿no quiere decirnos dónde podemos encontrarlo? Se lo pide un hombre…

Ella le lanzó una extraña mirada.

—¿Teme que la mate?

—¡Sí! O que… —Apretó los dientes—. Por Dios, díganoslo.

—No lo diré.

—Elsie, ¿sabe lo que puede ocurrir si no lo hace? —preguntó Belsam duramente.

—Que me metan en la caponera. Bueno, ¿y qué? Con eso no conseguirán sacarme lo que desean.

—¿Ha dicho la caponera, Elsie? Podemos hacer más. Podemos considerarla como cómplice en lo que ha hecho Gore. Podría usted ir a la cámara de gas. Si no me cree, consulte a un abogado, aunque yo lo soy y le prevengo de que podría ocurrir.

—¿Cómo lo harían? —respondió ella con una mueca en su cara. Una mueca de desprecio, que abarcaba a todos los hombres que se encontraban ante ella.

—Muy sencillo. La carta que Gore le dejó. La hemos encontrado. Está dirigida a un picapleitos de San Luis, y dice lo bastante como para inculparla.

—¡Mentira!

—¿No lo cree? Bien, por nosotros… Belsam, usted ha llevado este asunto, pero lo que afecta al sindicato es cosa nuestra. Me parece que le voy a entregar una orden federal para que nos deje a esta mujer.

—¿Federal? —preguntó ella poniéndose pálida.

—Por supuesto. ¿No lo sabía? Represento al Tío Sam.

Puso un carnet ante los ojos de la mujer.

—¿Lo ve?

—Esperen —dijo ella jadeando—. Sí… si les digo dónde puede estar Max, ¿se enterará él de dónde les ha venido la información?

—La guardaríamos para nosotros —fue la seca respuesta—. Usted díganoslo y nosotros nos encargaremos del resto. Pero tiene que ser ahora mismo.

—Está bien, ¡está bien! Max ha alquilado una casa cerca del río, bajo un nombre supuesto.

—¿Qué nombre?

—Jones. Pero es muy posible que ya ni siquiera esté allí.

—¿Está la mujer con él?

Una sombría mirada apareció en los ojos de la mujer.

—No lo sé. ¿Cómo podría saberlo? Eso tendrán que averiguarlo ustedes.

—¿Dónde está la casa?

Al otro lado del río, en Biddley Road. Yo la alquilé para él, para que de esa manera no tuviera que enseñar la cara a nadie. Lo hizo tan pronto llegó a la ciudad.

Los policías se miraron unos a otros. En sus ojos había aparecido la expresión del perro que se ha puesto a la muestra. El sargento Quch iba a salir, cuando Belsam le dio el alto.

—Espere un poco. ¿Qué iba a hacer?

—Voy a mandar rodear la casa y…

—¿Qué quiere? ¿Que ese loco asesino mate a Muriel Hyer? —gritó Alton con la cara descompuesta.

—Oiga, espere…

—Sargento —ordenó Belsam—. Lo vamos a hacer, pero con método y con cuidado. El doctor Alton tiene razón. Ese hombre está como loco.

Se acercó a un plano de la ciudad, colocado sobre la pared, detrás de su mesa.

—Veamos. Elsie. ¿Dónde está exactamente la casa?

Gore estaba asomado a la ventana, mirando hacia la calle desde detrás de los visillos. Hablaba por encima de su hombro.

—Y eso fue todo, doctora. Aquella fulana era de mala pasta. Yo era un buen operario en una armería, en San Luis, y ganaba lo suficiente como para alimentar a una familia. Pero ella quería abrigos de piel, y lucir en fiestas. Por ella cometí el primer atraco. —Hizo una pausa—. Lo hice bien, puede decirse que muy bien, y la cosa me resultó tan fácil, que me fui al segundo. Y al tercero. Luego, cuando comienza a rodar, ya no sabe dónde se va a parar. Entonces se fijaron en mí los jefes, y me hicieron llamar. «Max, tú puedes hacer grandes cosas si te dejas guiar. Hazlo y ganarás algunos miles con muy poco trabajo». Tenía que matar a un individuo. Para entonces, la fulana se había largado con otro, aterrada de ver en lo que trabajaba, porque no le oculté nada. Ella, que me había llevado a «aquello». «Está bien, les dije a los jefes, pero lo primero que voy

a hacer va a ser un trabajito particular». «Hazlo, siempre que no te metas en un lío del que nos vaya a venir un perjuicio».

Otra pausa. Muriel lo escuchaba desde la penumbra, sentada en la silla, sintiendo como aquella alma sombría se abría poco a poco ante ella.

—Lo hice, doctora. La maté. Muriel se estremeció, pero no de terror. Más bien de frío. Hacía algún tiempo que había dejado de aterrarse.

—Y luego me fui a los jefes. «Dispongan», les dije, y me encargaron el primer trabajo. Había sacado la pistola y la sopesaba cuidadosamente.

—Fácil, muy fácil, doctora. Y así, poco a poco, fui ganando práctica y seguridad. Y poco a poco fueron confiando más en mí. He ganado bastante dinero y un hombre en mi situación no puede gastarlo si no quiere caer pronto en las garras de la policía. Por ello, lo guardé. Y lo tengo guardado.

Miró de nuevo a la calle.

—Doctora, ¿le digo una cosa?

—Hágalo, Max.

—Dentro de muy poco tiempo usted estará entre los suyos. Podrá volver a su doctor. Pero… no me olvide demasiado pronto.

—No lo haré, Max, se lo prometo. No… no podría.

—¿Sabe porqué se lo digo?

—No.

—Porque… Rigel es el único que queda, y aún tiene varios hombres. Y me parece que está llegando.

Apartó un poco las cortinas.

—Creo que sí. Y tan pronto como acabe con él, usted podrá salir tranquila de esta casa. ¿Me ha comprendido?

—Sí, Max, pero ¿no podría…? ¿No podría dejar ya de matar?

—Ahora no, doctora.

Gore acababa de ver el coche parado en la calle. Y dos hombres que miraban hacia arriba.

—Rigel y Sbirro —dijo—. Doctora, vaya a la otra habitación y no salga ocurra lo que ocurra, ¿quiere?

—Pero, Max…

—Hágalo. Los voy a esperar en la puerta. Aún no están seguros de que sea aquí, pero lo van a intentar.

Muriel Hyer pasó a la otra habitación, con el corazón oprimido. Por un instante, casi se rebeló. ¡Más muertes, y delante casi de ella, cuando su verdadera profesión consistía en salvar vidas humanas! Pero la cara de Max Gore no dejaba lugar a dudas. Tendría que obedecer.

Gore se dirigió hacia la puerta, con la pistola ametralladora entre las manos. Esperó durante unos instantes y luego abrió.

Y se encontró enfrentado a los dos hombres, que avanzaban por la acera, en medio de la nevada, cada vez más densa. Un poco más allá, un automóvil ronroneaba y otro doblaba la esquina.

Rigel y Sbirro lo vieron y se quedaron un instante quietos. Luego, ambos se llevaron las manos a los sobacos, mientras se lanzaban hacia los lados.

Desde donde estaba, Muriel percibió un carrasqueo rápido. El corazón casi le saltó en el pecho.

Corrió por la habitación hasta llegar a la puerta y vio a Gore, casi en el umbral, erguido. Y entonces, de pronto, mientras se acercaba a él, alguien gritó:

—¡Gore, entréguese! ¿Ha oído?

Muriel alcanzó a Gore en el momento en que éste se volvió hacia el lugar de donde había partido la voz.

—¡Entre! —ordenó—. Vamos, rápido, entre.

—¡Gore, lo tenemos cubierto! No haga el más mínimo movimiento o comenzamos a disparar.

El coche había doblado la esquina. Pero la voz sonaba desde la casa de enfrente. Y otro camión estaba taponando la otra esquina de la calle, cerrando ésta. Y varios hombres aparecían y desaparecían en los portales fronteros.

Gore se echó a reír. Junto a él, Muriel se estremeció.

—Mientras esté usted conmigo, no dispararán —dijo Gore—. ¡Escuchen! ¿Quieren matar a la doctora?

—¡Doctora, por el amor de Dios, apártese de ese hombre!

—¡Muriel, apártate!

La voz de Jim Alton.

Muriel dio un paso atrás. Los ojos de Max Gore se fijaron en ella con una extraña expresión.

—Doctora, es su oportunidad. Corra hacia la acera de enfrente.

—Pero… ¡lo matarán!

—He dicho que corra.

Y le dio un empujón que casi la lanzó al centro de la calle. Inmediatamente empuñó la pistola ametralladora y la alzó.

Fue como si de pronto la calle entera se hubiese iluminado. Desde todas partes partieron chorros de fuego que convergían hacia Gore. Éste saltó materialmente en el aire, como si una mano gigante lo hubiese tomado por las solapas y lo sacudiese.

Muriel Hyer cayó de rodillas, sollozando sintiendo cómo las balas pasaban sobre su cabeza. Alguien corría hacia ella, y se sintió levantada por dos brazos fuertes.

—¡Querida, querida, estás a salvo! ¡A salvo!

Había ya otros hombres a su alrededor. Quch se inclinó sobre el cuerpo de Max Gore.

—Muerto, teniente. Diablos, muerto cuarenta veces, creó. No he visto en mi vida un colador como éste.

Belsam se inclinó sobre Muriel.

—Doctora, ¿está bien?

—Sí.

—Afortunadamente logró escaparse. De lo contrario no hubiéramos podido disparar sobre él.

—¿Escaparme? —preguntó ella incrédulamente—. ¿Escaparme yo?

—Pues claro, porque… Todos lo vimos…

Una risa histérica sacudió el cuerpo de la doctora Hyer. Los convulsivos espasmos parecían ahogarla casi. Alton y Belsam se miraron, y por fin el primero le golpeó la cara con la punta de los dedos.

Muriel dejó de reír.

—¿Escaparme? Pero ¡por Dios, si lo que ese hombre quería era salvarme la vida! ¿Escaparme? ¿Es que estáis todos locos o ciegos?

Muriel abrió la carta. A su lado, Jim Alton la observaba con los ojos encandilados, porque la joven estaba muy bella, con su traje negro, escotado, en el que lucía un camafeo de plata antigua.

La recorrió con los ojos, y luego levantó las pupilas hasta encontrar las de Jim.

—¿De quién es?

—De un abogado al que escribí… por indicación de Gore.

—Pero… ¿qué diablos te dice? ¿Qué puedes tú tener que ver

con…?

—Jim.

—¿Qué, encanto?

—Gore me deja doscientos mil dólares para que ínstale una clínica. Evidentemente no sabe lo que vale una clínica, pero el hombre… hizo lo que pudo.

—Pero… ¡estaba loco! ¿Por qué…? Oh, bueno, no comencemos de nuevo.

—No, no comencemos.

—Espero que ese dinero… lo devolverás…

—No, Jim. Con ese dinero montaré un consultorio para niños. Hace mucho tiempo que tenía esa idea.

—Pero ¡te casarás conmigo! ¡Lo has prometido!

Ella le tomó la mano.

—Sí, Jim, y lo cumpliré. Pero montaré el consultorio. Y tú me ayudarás.

Aunque estaba mirando a su prometido, de pronto éste se dio cuenta de que las pupilas color violeta no lo «veían». Estaban mirando a algo mucho más allá.

—Pobre Max —dijo ella sencillamente—. Pobre Max.

Y Jim Alton prefirió guardar silencio. No parecía el momento de decir que aquel «pobre Max» había sido uno de los pistoleros más temidos al oeste de San Luis.

No, no era el momento.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS. Impreso en España